

El saloncito chino

Adolfo Marsillach

POR SI HAY QUE EXPLICAR ALGO

Escribí este texto para divertirme. (En realidad todos hacemos las cosas para divertirnos, aunque muy pocas veces lo consigamos). La diversión es uno de los ejercicios más inteligentes que nos podemos permitir los hombres. Y las mujeres, claro. (¡Qué lata! Últimamente no se puede hablar del «hombre» en sentido amplio sin que las feministas -no todas, por supuesto- desenfunden el revólver). Creer que los seres humanos -eludo, hábilmente, la calificación genérica- deben procurar divertirse poquito porque se juegan la salvación eterna, es una idea perniciosa de la que se han beneficiado, de diferente modo, los monjes de la Trapa, los presidentes de las comunidades de propietarios y los conferenciantes amigos de los Consejeros de Cultura más o menos autonómicos. La vida, en principio, no es ni divertida ni aburrida. Lograr que sea de una forma o de otra depende de nosotros.

Decía, pues, que escribí esta obra para divertirme. O sea, que no pensé en la posibilidad de estrenarla: que permita un solo espacio escénico, que tenga un reparto corto, que pueda contratarse algún actor pariente del empresario, etcétera. No. Sólo quise jugar. Una noche -ignoro la razón; supongo que por esa maldita mezcla de insomnio y aburrimiento que va a acabar conmigo- me acordé de que en el restaurante Lhardy de Madrid hay un curioso comedor privado de estilo supuestamente chino. En cuanto tuve este recuerdo, me asaltó una duda: ¿ese salón comedor era chino o japonés? A partir de esta pregunta tan tonta como innecesaria, me apeteció escribir algo que ocurriera en un decorado ambiguamente oriental en el que nunca se supiese si era más chino que japonés o viceversa.

Empezaron a surgir personajes, situaciones... sin un guión previo, sin un propósito determinado... todo imprevisible, inconsistente e inútil. Es decir, como la vida misma. Al menos la mía: una cosa entretenida a ratos que se me diluye en la boca como un azucarillo.

Adolfo MARSILLACH

El saloncito chino

Adolfo Marsillach

PERSONAJES

VENDEDOR.

RESTAURADOR.

CAMARERO.

SEÑORA.

PIANISTA.

SHERLOCK HOLMES.

MISTER ROBINSON.

ÓRDAGO.

CONSUELO.

Parte I

Antes de levantarse el telón, se escucha una música oriental. Después nos encontramos en el reservado de un restaurante: es un saloncito chino muy recargado, muy tópico y muy kitsch. En el centro hay una mesa con dos o más sillas y otras varias apoyadas en las paredes. Entra un

camarero con un carrito en el que van platos, copas, cubiertos, etc. Lo dispone todo cuidadosamente sobre la mesa e incluso, al final, enciende una pequeña vela o candelabro. Luego se queda contemplando su trabajo visiblemente satisfecho. Pasa un tiempo más bien largo. Sigue sonando la música. Después, el camarero parece tomar una decisión: recoge los platos, copas, cubiertos, etc., que había colocado sobre la mesa y vuelve a ponerlos en el carrito. Enseguida apaga la vela o candelabro y se va. La mesa vuelve a quedarse vacía como al principio.
Oscuro.

Cuando se ilumina de nuevo el decorado, en escena hay dos hombres de una edad aproximada. Uno es muy delgado y lleva gafas y el otro es rechoncho y con bigote. El primero es restaurador de cuadros y el segundo tiene una tienda de aparatos ortopédicos. Les llamaremos, respectivamente, RESTAURADOR y VENDEDOR.

VENDEDOR.- ¿Es aquí?

RESTAURADOR.- Sí, eso parece.

VENDEDOR.- Dijeron «El saloncito chino».

RESTAURADOR.- Eso dijeron.

VENDEDOR.- Bueno, pues esto es un saloncito chino.

RESTAURADOR.-: ¿Usted cree?

VENDEDOR.- Las lamparitas, los muebles, las paredes...

RESTAURADOR.- ¿Y usted cómo sabe que las lamparitas, los muebles, las paredes... son chinas?

VENDEDOR.- Cada dos domingos voy a comer con mi señora a un restaurante chino que está en el centro.

RESTAURADOR.- ¿Es este?

VENDEDOR.- No, no es este.

RESTAURADOR.- Entonces...

VENDEDOR.- Las lamparitas, los muebles, las paredes... son iguales.

RESTAURADOR.- ¿Iguales?

VENDEDOR.- Parecidas.

RESTAURADOR.- No es lo mismo «igual» que «parecido»: hay que hablar con precisión.

VENDEDOR.- Lo siento.

(Hay una pausa.)

RESTAURADOR.- Aparte de que puede ser japonés.

VENDEDOR.- Perdón: ¿decía?

RESTAURADOR.- Que podría ser japonés.

VENDEDOR.- ¿Quién?

RESTAURADOR.- El saloncito.

VENDEDOR.- Por mí...

RESTAURADOR.-No se desentienda del problema, hágame el favor.

VENDEDOR.- Disculpe.

RESTAURADOR.- Es muy distinto comer en un restaurante chino a comer en un restaurante japonés. ¿Verdad?

VENDEDOR.- Por supuesto.

RESTAURADOR.- En los restaurantes chinos tienen en la carta arroz tres delicias.

VENDEDOR.- Sí señor.

RESTAURADOR.- En los restaurantes japoneses no tienen en la carta arroz tres delicias.

VENDEDOR.- No señor.

RESTAURADOR.- ¿Lo ve?

VENDEDOR.- Exacto.

(Otra pausa.)

RESTAURADOR.- De manera que no sabemos si estamos en un saloncito chino o japonés.

VENDEDOR.- ¡Qué problema!

RESTAURADOR.- No diga «¡qué problema!» como si no tuviese dinero para pagar el segundo plazo del impuesto sobre la renta de las personas físicas.

VENDEDOR.- Lo tengo.

RESTAURADOR.- No me importa lo que tenga o no tenga: lo único que pretendo es que no diga «¡qué problema!» en ese tono.

VENDEDOR.- Perdóneme.

RESTAURADOR.- No sé si voy a ser capaz de comer con usted en esas condiciones.

VENDEDOR.- Tengo hambre.

RESTAURADOR.- Yo también tengo hambre.

VENDEDOR.- En ese caso, ¿por qué no llamamos al camarero?

RESTAURADOR.- ¿Le parece práctico?

VENDEDOR.- Practiquísimo. Podríamos tomar algo y, de paso, ¿quién sabe?, averiguar de dónde es el saloncito.

RESTAURADOR.- ¿Cómo?

VENDEDOR.- Bueno... vería... si el camarero viene vestido de chino... el restaurante es chino. Si no... al contrario.

RESTAURADOR.- ¿Al contrario?

VENDEDOR.- No... al contrario, no.

RESTAURADOR.- ¿O sea?

VENDEDOR.- Nada, no he dicho nada.

(Otra pausa.)

RESTAURADOR.- ¿Usted a qué se dedica?

VENDEDOR.- Tengo una tienda.

RESTAURADOR.- Muy interesante.

VENDEDOR.- Vendo aparatos ortopédicos.

RESTAURADOR.- ¿Bragueros y todo eso?

VENDEDOR.- Y piernas de madera, sí señor.

RESTAURADOR.- Ah, piernas de madera... ¿Vende usted piernas de madera a todo el mundo?

VENDEDOR.- A quien las necesita, especialmente.

RESTAURADOR.- ¿Y a mí?

VENDEDOR.- ¿A usted?

RESTAURADOR.- ¿Me vendería una pierna de madera?

VENDEDOR.- Pero usted tiene dos piernas.

RESTAURADOR.- ¿Y qué? ¡Vaya una falta de imaginación! ¿Por qué no voy a querer tener tres piernas en vez de dos?

VENDEDOR.- Porque para andar basta con dos.

RESTAURADOR.- ¿Y si yo no la quisiera para andar? ¿Y si yo la quisiera para otra cosa? ¿Eh? Conteste, conteste a eso.

VENDEDOR.- ¿Por qué iba usted a querer una pierna de madera?

RESTAURADOR.- Para llevarla debajo del brazo, por ejemplo. ¿Qué le parece?

VENDEDOR.- Muy bien.

RESTAURADOR.- Me alegro. Tendrá usted que darme su dirección: un día de estos me pasaré por su tienda.

VENDEDOR.- A sus órdenes. **(Pausa.)** ¿Llamamos al camarero?

RESTAURADOR.- A veces me resulta usted profundamente desagradable, señor mío. ¿Por qué tanta insistencia en llamar al camarero? ¿Podríamos deducir de ella que no le interesa mi conversación?

VENDEDOR.- En absoluto.

RESTAURADOR.- Es que, de ser así, prefiero que me lo diga. No me gustan las medias tintas, compéndalo.

VENDEDOR.- Me encanta hablar con usted, de veras, pero en algún momento tendremos que comer. Vamos, digo yo.

RESTAURADOR.- ¿Quiere decir que a usted le da igual que el saloncito sea chino o japonés con tal de saciar su hambre?

VENDEDOR.- Realmente, dicho de ese modo...

RESTAURADOR.- El ser humano es, con frecuencia, menos racional de lo que creemos. ¿Se ha detenido a pensarlo?

VENDEDOR.- No.

RESTAURADOR.- Hágalo. Los animales comen para sobrevivir. Les da igual el sitio, el ambiente, la atmósfera... No eligen la vajilla, los manteles, los cubiertos... No piden una mesa agradable, un rincón íntimo, una mesa discreta... Si lo hiciesen, los leones tendrían el número de teléfono de los mejores restaurantes de África y los hipopótamos poseerían la tarjeta Visa de la serie Oro. ¿Me sigue?

VENDEDOR.- Lo intento.

RESTAURADOR.- Cuando el hombre se abandona a sus instintos se asemeja a la bestia. ¿Le incomoda la palabra?

VENDEDOR.- No mucho.

RESTAURADOR.- Ocurre más veces de lo deseable. En el momento en que la Humanidad desdeña las normas estéticas,

acaba comiendo hamburguesas en los Mac Donald's y violando a las niñas a la salida de los colegios.

VENDEDOR.- ¿Usted cree?

RESTAURADOR.- No lo dude. Lo que diferencia al ser humano del resto de los mamíferos es su obsesiva preocupación por saber si los saloncitos de los restaurantes son chinos o japoneses.

VENDEDOR.- Muy bien traído.

RESTAURADOR.- ¿Nada más?

VENDEDOR.- ¡Estupendo!

RESTAURADOR.- Eso está mejor.

(Pausa.)

VENDEDOR.- Disculpe la pregunta, pero, ¿de qué nos conocemos?

RESTAURADOR.- ¿Conocernos?

VENDEDOR.- Quiero decir, ¿dónde nos hemos visto?

RESTAURADOR.- ¿Usted va por el Museo del Prado?

VENDEDOR.- Poco.

RESTAURADOR.- Entonces, no sé.

VENDEDOR.- ¿Es usted pintor?

RESTAURADOR.- No: restauro cuadros.

VENDEDOR.- Ah, un artista.

RESTAURADOR.- Pues sí, un artista. Hay quienes nos menosprecian, nos disminuyen, nos ningunean. ¿Conoce este verbo: ningunear?

VENDEDOR.- No.

RESTAURADOR.- Da igual: es muy expresivo. ¿Y sabe

usted por qué nos ningunean?

VENDEDOR.- Lo ignoro.

RESTAURADOR.- Porque no se atreven a afrontar la realidad; porque, en el fondo, nos tienen miedo.

VENDEDOR.- ¿Miedo?

RESTAURADOR.- Miedo, sí: hay que tener mucho valor para decir las cosas como son. Reflexione: ¿qué hubiese sido de Velázquez sin un buen restaurador?

VENDEDOR.- ¿Qué?

RESTAURADOR.- Un fracaso, un gran fracaso, un enorme fracaso: las Meninas desconocidas, la fragua de Vulcano arruinada, Felipe IV hecho un miserable... Velázquez tuvo su mérito, desde luego, tampoco hay que quitárselo, pero nosotros... ¡nosotros!

VENDEDOR.- ¡Ustedes...!

RESTAURADOR.- Sin nosotros la historia de la pintura no pasaría de ser un tomo de la Enciclopedia Británica.

VENDEDOR.- ¿Y Velázquez?

RESTAURADOR.- Un recuerdo, una sombra... ¡nada!

VENDEDOR.- ¿De manera que no nos hemos visto antes?

RESTAURADOR.- No sé qué relación tiene una cosa con la otra pero, en fin..., es posible.

VENDEDOR.- Entonces, ¿qué hacemos aquí?

RESTAURADOR.- Averiguar si este saloncito es chino o japonés. ¿Le parece poco?

(Pausa.)

VENDEDOR.- ¿Y si nunca lo averiguamos?

RESTAURADOR.- No me gusta la gente derrotista. ¿Usted sabe qué es una persona derrotista?

VENDEDOR.- Más o menos.

RESTAURADOR.- No; «más o menos», no; defínase: ¿lo sabe?

VENDEDOR.- No.

RESTAURADOR.- Una persona derrotista es la misma palabra lo dice alguien que cree en la derrota. Y que, por lo tanto, sin querer, la provoca.

VENDEDOR.- Ya. ¿Puede suponerse que las derrotas no se producirían si no hubiese derrotistas?

RESTAURADOR.- Puede.

VENDEDOR.- Luego, las guerras las pierden los derrotistas.

RESTAURADOR.- No. Las guerras -lamentablemente- las pierden todos. (Excepto, claro, los que las ganan). Los derrotistas lo que hacen es anticiparse.

VENDEDOR.- Tiene su mérito.

RESTAURADOR.- No crea. Pensar que las cosas van a salir mal es muy fácil.

VENDEDOR.- ¿Por qué?

RESTAURADOR.- Porque todo sale mal menos tres o cuatro casualidades que salen bien.

VENDEDOR.- Usted también es derrotista.

RESTAURADOR.- Se equivoca. La diferencia está en que los derrotistas tienen ideales y yo no. Donde ellos opinan, yo observo.

VENDEDOR.- Total: usted cree que llegaremos a saber si este saloncito es chino o japonés.

RESTAURADOR.- ¡Yo no he dicho eso y no estoy dispuesto a tolerarle que tergiverse mis palabras! Lo que yo he dicho es que dudar de que vayamos a averiguarlo es una postura inevitablemente derrotista.

VENDEDOR.- De acuerdo, de acuerdo, usted gana pero yo no me puedo pasar aquí todo el día.

RESTAURADOR.- ¿No?

VENDEDOR.- No.

RESTAURADOR.- ¿Por qué?

VENDEDOR.- Tengo que volver a mi tienda. Dije que en hora y media regresaría.

RESTAURADOR.- Aún no ha pasado hora y media.

VENDEDOR.- Pero va a pasar: lo presiento.

RESTAURADOR.- ¿Y qué tiene usted que hacer dentro de hora y media?

VENDEDOR.- Me han encargado dos pechos de goma y una cadera de caucho.

RESTAURADOR.- ¿De modo que por dos pechos de goma y una cadera de caucho va usted a perderse el placer de almorzar conmigo?

VENDEDOR.- No podremos almorzar si no viene el camarero.

RESTAURADOR.- ¡Me tiene usted muy harto con su historia del camarero! No será de su familia, imagino.

VENDEDOR.- No.

RESTAURADOR.- Ni su novio.

VENDEDOR.- Tampoco.

RESTAURADOR.- Entonces llámelo de una vez, ¿a qué espera?

(El VENDEDOR pulsa el timbre cuyo sonido se repite obsesivamente como un eco.)

VENDEDOR.- Vendrá, ¿no?

RESTAURADOR.- Naturalmente: todos los restaurantes tienen camareros.

VENDEDOR.- Bueno, cerca de mi casa hay un autoservicio.

RESTAURADOR.- Los autoservicios no son restaurantes.

VENDEDOR.- Pero se come.

RESTAURADOR.- No todos los sitios donde se come son restaurantes. Ocurre como con el amor. ¿Usted puede comprender que yo hable de amor?

VENDEDOR.- Si se empeña...

RESTAURADOR.- El amor es cómplice, participativo y colaborador. ¿No cree?

VENDEDOR.- Sin duda.

RESTAURADOR.- Como los restaurantes. En cambio los autoservicios... ¿Usted es onanista?

VENDEDOR.- En ocasiones.

RESTAURADOR.- Bueno, pues ahí está: los autoservicios son una forma, como cualquier otra, de masturbarse.

(Se abre la puerta del saloncito y aparece el CAMARERO. Viene vestido de smoking y trae un enorme menú debajo del brazo.)

CAMARERO.- ¿Llamaban?

RESTAURADOR.- ¿Es usted el camarero de este saloncito?

CAMARERO.- Desde mi más tierna infancia; sí, señor.

VENDEDOR.- Tenemos hambre.

CAMARERO.- Lo comprendo perfectamente, señor. Es relativamente frecuente que los individuos con cierto apetito acaben acudiendo a un restaurante.

VENDEDOR.- ¿Qué nos recomienda?

CAMARERO.- ¿De comer?

VENDEDOR.- Sí, claro, de comer.

CAMARERO.- Veamos. (**El CAMARERO abre la enorme carta y lee en tono monocorde una interminable lista de platos en francés y en inglés.**) Potage du jour ou Consomé en Tasse, Bisque de langoustines a la fleur de safran, Petits piments rouges farcis a la Morue, Salade gourmande a la façon de Michel Guerard, Foie gras des Landes micuit a la Gelée, Morue fraîche en écailles multicolore sauce basilisc tomatée, Filet de petit merlu de ligne a la vapeur, Filet grillé maître d'hotel, Gigot de mouton a l'os, Rognon de veru grillé au bacon, Brochette de coeurs de canard a la landaise, Poule farci sauce supreme aux champignons, Emincé de magret de canard grillé sauce poivre, Salmis de cuisses de canette, au vin de Madiran, Pigeon roti a l'ail doux, Scrambled egg with smoked salmon, Mussels in white wine, Grillet halibut with anchovy butter, Grilles dover sole, Steak kidney and mushroom pie, Aylesbury duckling whit orange sauce, Roast ribs of beef with Yorkshire pudding, Grilled filet of pork with onion confit, Terrine of chicken with green pepper sauce, Poached haddock glazed with a cheese sauce and Venison with pear and chestnuts. (**Cuando terminala lectura.**) Fuera de la carta, también tenemos salmonetes.

(Pausa espesísima.)

RESTAURADOR.- ¿Y chino? ¿No tienen ustedes alguna especialidad china? Arroz tres delicias, verbigracia.

CAMARERO.- El arroz tres delicias es un plato cantonés, y nosotros con los cantoneses...

RESTAURADOR.- Pero este es un saloncito chino.

CAMARERO.- ¿Usted cree?

VENDEDOR.- Las lamparitas, los muebles, las paredes...

CAMARERO.- Un primo mío, que fue hippy en el Tíbet, decía que la diferencia entre la apariencia y la realidad es más fina que el velo de la novia cuando quiere ser besada.

RESTAURADOR.- Entonces, es un saloncito japonés.

CAMARERO.- La diferencia entre la apariencia... ¿le repito lo de mi primo?

VENDEDOR.- ¿Sabe una cosa? Estoy cansado de tanta sutileza. ¿Están frescos los salmonetes?

CAMARERO.- Fresquísimos.

VENDEDOR.- Tráigalos.

(**El CAMARERO hace ademán de ir a buscar los salmonetes.**)

RESTAURADOR.- Un momento: ¿cómo se llama usted?

CAMARERO.- No.

RESTAURADOR.- No... ¿qué?

CAMARERO.- No... simplemente. Es un nombre cortito, pero muy práctico. Tiene sus ventajas. ¿No?

VENDEDOR.- Sí.

CAMARERO.- Me alegro.

(**El CAMARERO se va.**)

VENDEDOR.- No me gusta, no me gusta un pelo.

RESTAURADOR.- Entonces, ¿por qué le ha encargado los salmonetes? Pueden estar envenenados.

VENDEDOR.- Hombre, no tendría gracia que, después de abandonar mi tienda y de decidirme a comer con un desconocido en un saloncito que no sabemos si es chino o japonés, encima me envenenaran con unos salmonetes.

RESTAURADOR.- Tiene usted mentalidad de vendedor de suspensorios: lo único que le preocupa es la salud.

VENDEDOR.- ¿Y a usted?

RESTAURADOR.- Yo miro más alto.

VENDEDOR.- ¿Adónde?

RESTAURADOR.- Es difícil de explicar. Los que restauramos cuadros vemos la vida de otra manera.

VENDEDOR.- Ah, ¿sí? ¿Cómo?

RESTAURADOR.- ¿Sabe lo que hay debajo de una capa de pintura?

VENDEDOR.- No.

RESTAURADOR.- Otra capa de pintura. Y lo que hay debajo de otra capa de pintura, ¿lo sabe?

VENDEDOR.- No.

RESTAURADOR.- Aún otra capa de pintura. Y otra y otra y otra. Así, hasta el infinito.

VENDEDOR.- Me está engañando, trata de confundirme. Las capas de pintura se acaban; no sé cuándo, pero se acaban.

RESTAURADOR.- No lo creo. Pero, aunque así fuese, aunque viniera un sabio descendiente de los indios chichimecas y lo demostrara, yo lo negaría.

VENDEDOR.- ¿Por qué?

RESTAURADOR.- Porque la pintura sin misterio no me interesa.

(Pausa.)

VENDEDOR.- ¿Estarán buenos los salmonetes?

RESTAURADOR.- No me distraiga, se lo ruego: estaba pensando en mí.

VENDEDOR.- ¿Y qué tal?

RESTAURADOR.- Fantástico. Estaba pensando que si algún día las capas de pintura se acabasen yo... bueno... yo... me suicidaría.

VENDEDOR.- Vaya. Tan grave, ¿no?

RESTAURADOR.- Imagínese.

VENDEDOR.- ¿Cree usted que yo debería hacer lo mismo si un día se me acabaran las piernas de madera?

RESTAURADOR.- No lo sé; no me obligue a aceptar responsabilidades, hágase cargo.

VENDEDOR.- A mí no me apetece suicidarme. No por nada, pero... en fin... no me apetece. Estoy casado... tengo dos hijos y... y una casa de campo. Es pequeña y está llena de arañas, moscas, mosquitos... Debajo de un árbol muy grande se ha escondido un topo que se está comiendo las raíces y que un día se cargará el árbol y el árbol se cargará la casa, pero mientras tanto... Mi mujer se llama Andrómeda, lo cual no deja de ser un capricho, ya ve usted. Y mi hijo mayor no ha hecho la «mili» porque es asmático.

RESTAURADOR.- ¿Y por todo eso no le apetece suicidarse?

(Pausa.)

VENDEDOR.- ¿Me equivoco?

RESTAURADOR.- El suicidio es un mal menor.

VENDEDOR.- ¿Y cuál es el mayor?

RESTAURADOR.- No me interrumpa. A los suicidas se les mira de reajo porque es imposible hablar con ellos... después.

VENDEDOR.- A todos los muertos les pasa lo mismo.

RESTAURADOR.- No crea. A nadie le sorprende que los muertos no hablen después de muertos porque han muerto sin querer, sin proponérselo. En cambio los suicidas...

VENDEDOR.- Dígame.

RESTAURADOR.- Es como si hubieran dejado una conversación sin terminar. Algo poco delicado, realmente.

VENDEDOR.- Es verdad.

RESTAURADOR.- Aunque a mí no me importaría suicidarme porque yo, desde luego, soy una persona poco

educada.

VENDEDOR.- Desde luego.

RESTAURADOR.- ¿Se me nota?

VENDEDOR.- Algo.

RESTAURADOR.- Me alegro. A mí, si no me quedara otro remedio, me gustaría suicidarme en Ostende.

VENDEDOR.- Ostende... Ostende...

RESTAURADOR.- No haga esfuerzos. Cuando se tiene una tienda de aparatos ortopédicos, es imposible saber dónde está Ostende.

VENDEDOR.- Lo siento.

RESTAURADOR.- Me hago cargo. La ventaja de suicidarse en Ostende es que, pase lo que pase, es mortal de necesidad.

VENDEDOR.- No sabía.

RESTAURADOR.- Me explico: primero, el agua está muy fría y las probabilidades de un síncope son muy altas y, después, el mar allí es profundo como el asombro y las gentes que se ahogan en sus aguas jamás vuelven a la orilla, jamás.

VENDEDOR.- Tengo que ir a Ostende. ¿Sabe usted si hay viajes organizados?

RESTAURADOR.- Una vez tuve una amante.

VENDEDOR.- ¡No me diga!

RESTAURADOR.- Estábamos en Ostende... en un hotel... Era una mañana nublada y borrascosa. ¿Puedo decir que era una mañana nublada y borrascosa?

VENDEDOR.- Está en su derecho.

RESTAURADOR.- Ella se quedó en la terraza y yo me fui a bañar. Lo último que vi, cuando me encontraba entre las olas, fue su pabela blanca sobre la que se había posado una gaviota. ¿También puedo decir que una gaviota se había posado sobre su pabela blanca?

VENDEDOR.- No lo dude.

RESTAURADOR.- Estuve nadando más de dos horas. Cuando volví, ella me dijo, levantando los labios de su taza de té: «Si un día te suicidas en Ostende, entonces ese día voy a creer en Dios».

VENDEDOR.- ¡Qué barbaridad!

(Se abre la puerta y aparece el CAMARERO con dos salmonetes inmensos y flambeados.)

CAMARERO.- ¡Los salmonetes!

(Oscuro y música oriental. Cuando vuelve la luz, se abre la puerta del saloncito chino y aparece una SEÑORA envuelta en un aparatoso abrigo de pieles. Ha debido de ser guapa, pero el paso de los años y un insoportable maquillaje la convierten en una máscara patética. Es grande, gorda y torpe. Lo primero que hace al llegar es quitarse el abrigo teniendo muchísimo cuidado en doblarlo bien antes de colocarlo en algún sitio. Luego, pasea por la habitación, descubre el timbre para avisar al Camarero y lo pulsa. Como ha ocurrido antes, el sonido se repite como un eco, lo que no sorprende en absoluto a la Señora, quien saca un gran pañuelo de seda y se suena ruidosamente. No tarda en volver a abrirse la puerta para que llegue el CAMARERO.)

SEÑORA.- Ha tardado usted mucho.

CAMARERO.- Lo siento. Vine en cuanto oí el timbre.

SEÑORA.- Mal asunto. Un buen camarero debe anticiparse a los timbres.

CAMARERO.- No sabía.

SEÑORA.- Los buenos camareros sirven la lubina en «papillote» antes de que los clientes la pidan.

CAMARERO.- Admirable.

SEÑORA.- Ocurre como en el amor. ¿Sabe usted en qué se distingue un buen amante?

CAMARERO.- Lo ignoro.

SEÑORA.- Los amantes de calidad son los que se desesperan sin motivo, los que se sienten traicionados sin serlo, los que se van aunque nadie les señale la puerta. ¿Me comprende?

CAMARERO.- A medias. Lamentablemente en este restaurante no tenemos lubina.

SEÑORA.- ¿Ni siquiera en «papillote»?

CAMARERO.- Ni siquiera.

SEÑORA.- (Alarmada.) No me diga que este es un restaurante chino.

CAMARERO.- O japonés.

SEÑORA.- Ni chino ni japonés. Detesto los restaurantes chinos y japoneses. Y, sobre todo, no aguanto los restaurantes que, encima, no se sabe si son chinos o japoneses.

CAMARERO.- Terrible.

SEÑORA.- Sí, terrible, terrible. Un día en Xian me indigesté con unos huevos milenarios y una noche en Pekín se me clavó en la garganta la espina de una ballena cruda con salsa de cerezos.

CAMARERO.- ¿Y qué pasó?

SEÑORA.- Tuvo que operarme sobre la mesa, y con un cuchillo de oro, afortunadamente, un cirujano catalán que había conocido a la Tebaldi.

CAMARERO.- La señora está estupenda para haber pasado por una situación tan peligrosa.

SEÑORA.- Gracias.

CAMARERO.- ¿Quiere la señora la carta o prefiere tomar algo mientras tanto?

SEÑORA.- Mientras tanto... ¿qué?

CAMARERO.- No lo sé... depende.

SEÑORA.- Le voy a revelar un secreto: estoy esperando a alguien.

CAMARERO.- Es natural.

SEÑORA.- No, no es natural, pero lo estoy esperando. Se trata de un individuo bajito, con gafas y peluquín, y vestido de frac. Ya se sabe que todos los individuos bajitos, con gafas y peluquín y vestidos de frac son sospechosos, pero, a pesar de todo, le ordeno que le deje pasar.

CAMARERO.- Sí señora.

SEÑORA.- Entonces sírvame un grog.

CAMARERO.- Un grog.

SEÑORA.- Con mucho coñac, hágame el favor. **(Alguien llama a la puerta con los nudillos.)** Debe de ser él: mucho cuidado.

CAMARERO.- ¿Qué hago?

SEÑORA.- Abra, ya se lo he dicho.

(El CAMARERO abre la puerta y aparece el VENDEDOR de aparatos ortopédicos que conocimos en el cuadro anterior y que viene ahora vestido de pinche de cocina.)

VENDEDOR.- No quisiera estorbar, pero preguntan en la cocina si alguien va a querer lubina.

SEÑORA.- **(Al Camarero.)** ¿Quién es este personaje?

CAMARERO.- No sé cómo se llama: nunca le he preguntado su nombre.

SEÑORA.- ¿Nunca?

CAMARERO.- **(Como excusándose.)** Bueno, en realidad, hace poco que trabaja aquí. **(Al VENDEDOR.)** ¿Verdad?

VENDEDOR.- Poquísimo.

CAMARERO.- Antes vendía aparatos ortopédicos.

VENDEDOR.- Tenía una tienda. Un buen negocio, sí señora.

SEÑORA.- ¿Y por qué lo dejó?

CAMARERO.- La vida es muy extraña. **(De nuevo al VENDEDOR.)** ¿Verdad?

VENDEDOR.- Muchísimo.

CAMARERO.- **(A la SEÑORA.)** Una vez conoció a un restaurador de cuadros.

VENDEDOR.- Uno que acabó suicidándose en Ostende.

SEÑORA.- ¿Tan lejos?

VENDEDOR.- ¿La señora sabe dónde está Ostende?

SEÑORA.- Yo he sido la mejor jugadora de bacarrá de todo el Mar del Norte.

VENDEDOR.- **(Admirativo.)** ¡Vaya!

CAMARERO.- Fue un golpe muy fuerte: lo del suicidio... Cerró su tienda de aparatos ortopédicos y me pidió quedarse en el restaurante como pinche de cocina.

VENDEDOR.- A veces el olor a fritos me traspone un poco, pero me aguanto.

CAMARERO.- **(Dando por terminada la conversación.)** ¿El grog con una rajita de limón?

SEÑORA.- Se lo ruego.

CAMARERO.- Ahora mismo. **(Al VENDEDOR.)** Anda, vámonos.

VENDEDOR.- Entonces, la lubina...

CAMARERO.- Otro día.

(Se van. El CAMARERO muy comedido y el VENDEDOR haciendo grandes reverencias. En cuanto se han marchado, la SEÑORA vuelve a sacar su gran pañuelo de seda y se suena estrepitosamente. Luego adelanta con decisión hasta la corbata y empieza a cantar el aria de

soprano «Vissi D'Arte» del segundo acto de Tosca. Cuando llega al final y en la frase «perche, perche signor» pasa de un «si bemol» a un «la», pega un gallo escandaloso. Mientras, ha llegado el individuo que antes hemos descrito como bajito, con gafas y un peluquín y vestido de frac. Le llamaremos -pronto vamos a conocer la razón- PIANISTA.)

PIANISTA.- Te lo dije: te ibas a quedar sin aliento.

SEÑORA.- Nunca me he quedado sin aliento.

PIANISTA.- Tienes la manía de querer expresar demasiado.

SEÑORA.- Soy una cantante expresiva. La más expresiva del mundo occidental: lo dijeron en un reportaje publicado en la revista «Oggi», Roma.

PIANISTA.- Tiras del «tempo», Charo, siempre te lo digo.

SEÑORA.- No me llames Charo: me molesta.

PIANISTA.- Está bien, pero la culpa es tuya. No se puede tirar tanto del «tempo»: te ahogas.

SEÑORA.- He cantado el «Vissi D'Arte» de Tosca en todos los grandes teatros que existen. La he cantado en óperas, en recitales... en París, en Londres, en Nueva York, en Sydney, en Tokio, en Ottawa, en Nueva Delhi y en Sitges... y jamás me he ahogado: ¡jamás!

PIANISTA.- Hoy has pegado un gallo terrorífico en el Gran Teatro Municipal y a la señora del alcalde, que estaba en un palco, le ha dado un soponcio y han tenido que llevársela al botiquín.

SEÑORA.- Lo más detestable de ti es tu facilidad para inventar historias: deberías ser guionista de algún concurso de televisión.

PIANISTA.- No puedo escribir guiones: toco el piano.

SEÑORA.- La última vez... ¡conmigo! Creo que ya nunca volverás a acompañarme.

PIANISTA.- No importa. La vida está llena de oportunidades:

lo dijo Wagner la noche en que se despidió de Luis II de Baviera.

SEÑORA.- No me gustan tus citas. Y en todo caso, Wagner no sabía cantar.

PIANISTA.- Eso es cierto.

SEÑORA.- Yo, en cambio, siempre he tenido una voz fresca, redonda, impoluta... ¿Y sabes por qué he tenido siempre una voz fresca, redonda e impoluta? Pues porque nunca he abusado del tabaco... ni de lo otro.

PIANISTA.- ¿No?

SEÑORA.- No. Una tarde que el Gran Duque de Sajonia me ofreció un «partagás» en Montecarlo, le di una sonora bofetada que despertó a un gendarme en la aduana de Ventimiglia. En cuanto a lo otro...

PIANISTA.- ¿Sí?

SEÑORA.- Los cantantes debemos ser castos como querubines.

PIANISTA.- Sí, pero la Patti...

SEÑORA.- A Adelina Patti la perdió la lasaña verde, todo el mundo lo sabe. Y en lo referente a Tito Schipa, por ejemplo, se le fue la fuerza por un conducto vergonzoso: no hablemos de esto.

PIANISTA.- Está bien, está bien, pero, Charo...

SEÑORA.- No me llames Charo, ¡coño!

PIANISTA.- (Como si no la hubiese oído.) Las voces se estropean, los años pasan...

SEÑORA.- ¡Mentira, mentira cochina!: Leoncavallo nunca cumplió años.

PIANISTA.- ¡Pero se murió!

SEÑORA.- Sí, pero póstumo. Leoncavallo murió póstumo... como Bergamín... ¡y como yo! He pedido al Presidente de la Unesco que me construya en el cementerio Père Lachaise de París un panteón en el que quepan mis mejores recuerdos: una

mesita rococó de *Il matrimonio secreto* de Cimarrosa cuando lo canté en la Scala de Milán el 1 de enero de 1936... un sillón de *Las bodas de Figaro* de Mozart cuando lo representé en el Metropolitan de Nueva York, y un sofá de *La traviata* en mi interpretación en el San Carlos de Nápoles en 1940...¡Cómo lo recuerdo! En el momento de mi muerte -yo siempre me he muerto muy bien, debo reconocerlo- justo al terminar de cantar aquello de «Addio del passato», el teatro estuvo a punto de venirse abajo por los aplausos. Un crítico malévolo dijo que eso fue porque en la casa de al lado estaban construyendo un parking, pero, naturalmente, nadie se lo creyó. Aparte de que, bueno, ese crítico me perseguía con no muy buenas intenciones y claro... Aunque me esté mal el decirlo, yo he tenido a media Italia rendida a mis pies. Una noche que canté *Aida* en las Termas de Caracalla, Rimski Korsakov, mi querido Nicolai, me envió un ramo de rosas blancas desde San Petersburgo con una nota que decía: «La Perspectiva Nevsky está blanca como estas rosas, pero mi corazón arde cuando pienso en usted». Se comprende: acababa de escribir *Capricho Español* y estas cosas influyen.

PIANISTA.- No eres inmortal, Charito.

SEÑORA.- ¿Y tú cómo lo sabes, maldito bastardo de las fusas y las corcheas? ¿En qué oscuro y maloliente pentagrama has leído que voy a morirme? ¡Contesta, engendro cavernícola de algún desvariado contrapunto!

PIANISTA.- ¿No se murió la Callas? ¿No se murió incluso Onassis?

SEÑORA.- A la Callas se la cargó Jacqueline Kennedy de una perdigonada a contramano, y Onassis... ¡pobre Onassis...! Un atardecer tormentoso quiso meterme mano debajo de un olivo allá en Skorprios y yo le dije que de ninguna manera.

PIANISTA.- Por la voz.

SEÑORA.- Por la tormenta. Me estaba poniendo perdida y me caían churretones por las mejillas.

PIANISTA.- No es cierto. Nunca conociste a Onassis: le confundes con un constructor de apartamentos que tenía un fuera borda en Palma.

SEÑORA.- Morirás ahorcado de una bambalina, te comerá la lengua el sindicato de traspuntes, te pinchará el culo el primer

violín del Liceo y te enterrarán en una cesta de mimbre llena de pelucas Luis XV. Amén.

(Se abre la puerta y aparece el CAMARERO quien viene acompañado del VENDEDOR, del que ya se ha dicho que se ha transformado en pinche de cocina.)

CAMARERO.- Su grog. **(El VENDEDOR/PINCHE coloca una bandeja con el grog preparado sobre la mesa y el CAMARERO se dispone a encenderlo.)** ¿Interrumpimos?

PIANISTA.- No. Simplemente hablábamos sobre la inmortalidad.

CAMARERO.- (Interrumpiendo su actividad.) Muy interesante.

SEÑORA.- (Refiriéndose al pianista.) Según este «caballero», la inmortalidad no existe.

VENDEDOR.- Cierto.

SEÑORA.- ¿Y usted cómo lo sabe?

VENDEDOR.- Bueno, si la inmortalidad existiese los vendedores de aparatos ortopédicos habríamos sido los primeros en enterarnos.

SEÑORA.- ¿Por qué?

VENDEDOR.- Por lo del «stock»... sólo por eso: necesitaríamos más piernas de madera.

PIANISTA.- (Al CAMARERO.) ¿Y usted qué opina?

CAMARERO.- Mire usted, en los sitios como este lo de la inmortalidad no se plantea.

SEÑORA.- Yo he sobrevivido a una amibiasis que se me declaró en un trayecto por el Amazonas desde Atalanta hasta Fitzcarraldo, allí donde una vez dicen que cantó Caruso.

PIANISTA.- Eso no prueba nada.

SEÑORA.- Eso prueba que el collar de esmeraldas que me regaló el Presidente Ospina de Colombia en Bogotá, y que había

pertenecido a su abuela Doña Isabel Martos de Ospina, una gran señora y la mejor cocinera de ajiaco de todo el valle del Cauca, además de ser falso traía mala suerte.

PIANISTA.- No debes volver a cantar el «Vissi D'Arte», Charito.

SEÑORA.- ¡No me llames Charo ni Charito ni nada semejante, odioso eunuco de la pianola y el peluquín! ¡No me lo llames y menos delante de extranjeros!

CAMARERO.- (Discreto.) Si molestamos...

VENDEDOR.- (Huidizo.) Yo tendría que ir a preparar la lubina...

SEÑORA.- Aun en el supuesto de que yo no sea inmortal -lo cual, naturalmente, tendría que demostrarse- mi canto no morirá nunca: resonará en los oídos de todos los que me escucharon.

PIANISTA.- Los que te escucharon también se morirán.

SEÑORA.- Quedarán los discos, las grabaciones, las videotecas...

PIANISTA.- Pueden rayarse, perderse, inundarse...

SEÑORA.- ¡Aunque esto sucediese, como una maldición del Dios de la Armonía, siempre quedará el eco de mi voz en la Gruta Azul de Capri un crepúsculo en el que le canté a Axel Munthe el aria más hermosa de Madame Buterfly!

(Hay una pausa después de esta explosión atormentada de la SEÑORA.)

CAMARERO.- ¿Saben una cosa? El arte es inmortal porque se equivoca.

PIANISTA.- ¿Qué quiere decir?

CAMARERO.- Si nadie diera un gallo en el «Vissi D'Arte», no valdría la pena cantar Tosca.

VENDEDOR.- Eso es. Ocurre como con los aparatos ortopédicos...

PIANISTA.- Cállese.

VENDEDOR.- Disculpe.

SEÑORA.- (Al CAMARERO.) Según eso...

CAMARERO.- Lo único que tiene sentido es el error.

PIANISTA.- No en la música.

CAMARERO.- También en la música.

SEÑORA.- Strauss decía que acertar es una horterada.

PIANISTA.- Strauss estaba muy ocupado componiendo *Ariadna en Naxos* y no pudo decir esta tontería.

SEÑORA.- Strauss -el divino Ricardo- nunca dijo tonterías.

PIANISTA.- El mundo se mueve por la razón y la razón es infalible.

CAMARERO.- También los Papas son infalibles y, sin embargo, les duele el estómago.

VENDEDOR.- Yo le vendí un braguero a un Papa que tenía una hernia de hiató.

PIANISTA.- Charito se ha ahogado hoy en el Gran Teatro Municipal al pasar de un «Si bemol» a un «La» y por eso tiene que dejar de cantar.

CAMARERO.- ¿Por qué? Es injusto.

VENDEDOR.- (Refiriéndose al PIANISTA.) Se le ha subido el peluquín a la cabeza.

CAMARERO.- Precisamente ahora, cuando no llega a dar una nota, cuando le falta aliento, cuando se ahoga, es cuando es mayor su grandeza. Si vivir no fuese un continuo error, el hombre no habría traspasado la edad de piedra.

PIANISTA.- Eso lo dice usted porque trabaja en un saloncito chino que parece japonés.

CAMARERO.- Diría lo mismo si trabajara en un saloncito japonés que pareciera chino.

VENDEDOR.- Tiene razón: es muy suyo.

PIANISTA.- (A la Señora.) Adiós. Te dejo con tus recuerdos de La Scala, de La Fenice, del San Carlos... de París, de Amsterdam, de Estocolmo... con tus sillas, tus sofás, tus espejos rococó... las flores blancas de Rimski Korsakov, los periplos griegos con Onassis, los martinis secos del Harry's Bar de Venecia, los jardines eternos del gran Rajá de Kapurtala, los bigotes hirsutos del Barón Von Bareg del Imperio austro-húngaro... Te dejo con tu imposible trayecto del «Si bemol» al «La» del aria del segundo acto de Tosca... En nombre de la perfección del Arte... adiós, Charito.

SEÑORA.- ¡Que no me vuelvas a llamar Charito, joder! **(Se saca un estilete de la manga y se lo clava al PIANISTA en el corazón, quien cae al suelo desplomado. Después la SEÑORA se vuelve hacia el CAMARERO y el VENDEDOR y dice.)** ¿Les importaría echarme una mano, por favor?

(Entre los tres levantan un par de losas del escenario y entierran al PIANISTA. Suena una música oriental y oscuro.)

(Cuando vuelve a iluminarse el escenario, vemos cómo se abre la puerta sigilosamente. Lo primero que aparece es una pipa y el ala de una típica gorra escocesa. Detrás de ellas, el rostro de un individuo que corresponde a un hombre vestido como Sherlock Holmes. Si nadie se atreviese a negar esta posibilidad, podríamos afirmar incluso que es SHERLOCK HOLMES. Los hechos parecen confirmarlo porque el recién llegado saca una lupa y se pone a husmear concienzudamente por todo el saloncito. En un momento determinado se coloca de rodillas en el suelo y aplica la lupa sobre las losas donde segundos antes hemos visto enterrar al PIANISTA. Casi de inmediato llega la SEÑORA que hacía de soprano y que ahora viene vestida con un vestido negro ceñidísimo, un delantal rosa y una cofia del mismo color.)

SEÑORA.- Por favor... la gorra... ¿me permite?

SHERLOCK.- (Sobresaltado.) ¿Decía?

SEÑORA.- La gorra.

SHERLOCK.- ¿Usted quién es?

SEÑORA.- Me llamo Charo y trabajo en este restaurante... en la guardarropía: la gorra.

SHERLOCK.- ¿La gorra?

SEÑORA.- Sí, usted me da la gorra y yo le entrego una ficha. Es una práctica bastante habitual. ¿Usted no viaja?

SHERLOCK.- Bueno, a veces voy a Baskerville, England.

SEÑORA.- Eso no es viajar. Ustedes los ingleses, como viven en una isla, siempre tienen miedo de caerse al agua.

SHERLOCK.- Le advierto que nuestra Navy...

SEÑORA.- Si va usted a hablarme de Trafalgar, rompamos la baraja.

SHERLOCK.- I beg your pardon.

SEÑORA.- De acuerdo.

SHERLOCK.- ¿Usted viaja mucho?

SEÑORA.- Antes más que ahora, pero, en fin... no me quejo. ¿Qué? ¿Me da la gorra?

SHERLOCK.- Es que sin la gorra... no sé si me comprende.

SEÑORA.- (**Contundente.**) Nada.

SHERLOCK.- Verá... no sé cómo decírselo... (**Bajando mucho la voz.**) Yo soy Sherlock Holmes.

SEÑORA.- (**Que no le ha entendido.**) ¿Le importaría hablar más alto?

SHERLOCK.- ¡Que yo soy Sherlock Holmes!

SEÑORA.- ¿Y eso qué tiene que ver con la gorra?

SHERLOCK.- Pues que Sherlock Holmes sin la gorra... es como si me pidiera usted la pipa.

SEÑORA.- Pero yo no le he pedido la pipa.

SHERLOCK- Era una suposición.

SEÑORA- ¿A usted le gustan las suposiciones?

SHERLOCK- Vivo de ellas: soy detective.

SEÑORA- ¿Y se puede saber qué hace un detective en este saloncito?

SHERLOCK- He venido a investigar.

SEÑORA- ¿Por qué?

SHERLOCK- En primer lugar, a mí la investigación me gusta.

SEÑORA- ¿Ah, sí?

SHERLOCK- Sí; tiene su morbo. Aunque pueda parecer extraño, lo de averiguar algo con la investigación es lo de menos.

SEÑORA- No me diga.

SHERLOCK- Lo interesante es investigar... porque sí. Cuando por fin se averigua algo, el investigador se deprime; es como la depresión «post partum». ¿Usted sabe lo que es la depresión «post partum»?

SEÑORA- Ni lo sé ni quiero saberlo. Mi profesión anterior me obligaba a llevar una vida muy recatada.

SHERLOCK- ¿Monja?

SEÑORA- Sólo en *Sor Angélica*, Puccini.

SHERLOCK- Bueno, pues la depresión «post partum» es lo que les ocurre a los detectives cuando descubren un crimen.

SEÑORA- Entonces, con no descubrirlo...

SHERLOCK- Justo. Los grandes detectives no descubren crímenes: sólo los investigan. Saben que, en caso contrario, su salud se resiente.

SEÑORA- ¿Y usted en estos momentos está investigando algo o pasaba por aquí por casualidad?

SHERLOCK- Tengo la sospecha de que en este saloncito se

ha cometido un asesinato.

SEÑORA.- ¿Cómo lo sabe?

SHERLOCK.- No lo sé. Ya le he dicho que tengo una sospecha... simplemente.

SEÑORA.- ¿Y me puede usted explicar a quién han asesinado, si es usted tan amable?

SHERLOCK.- Lo ignoro. Antes he de descubrir un principio básico.

SEÑORA.- ¿Cuál?

SHERLOCK.- He de saber si este saloncito es chino o japonés.

SEÑORA.- Estupendo. ¿De verdad no me va a dar la gorra?

SHERLOCK.- No puedo. Sorry.

SEÑORA.- En este caso me voy. Me espera el pinche de cocina quien jura y perjura que un día de estos se me va llevar al huerto. No sé. *La fuerza del destino* es tremenda. Abur. **(Y se va cantando a pleno pulmón un fragmento de Lucía de Lammermoor.)**

(En cuanto la SEÑORA se ha ido, SHERLOCK HOLMES saca un cuaderno de notas en donde va escribiendo cosas mientras, con su lupa, observa todos los rincones.)

SHERLOCK.- Veamos: lámparas rosas de papel satinado... gran mesa lacada de color oscuro... asientos de bambú con el tapizado verde... paredes con dibujos de ríos y montañas... cortinas pintadas a mano... techo con artesanado multicolor... de clara influencia budista... rollos de seda colgados...

(En realidad, SHERLOCK HOLMES describe y anota lo que la escenografía de la obra contenga. La puerta se abre y aparece el CAMARERO seguido de la SEÑORA y del VENDEDOR, que viene desplumando un pato.)

CAMARERO.- No me gusta hacer preguntas así, de sopetón, pero a veces no me queda otro remedio. Contésteme: ¿de verdad es usted Sherlock Holmes?

SHERLOCK.- (**Alarmado.**) ¿Quién se lo ha dicho?

SEÑORA.- Yo, yo se lo he dicho: no sabía que fuese un secreto.

SHERLOCK.- Todo lo que decimos los detectives es un secreto. Además, se lo dije bajando la voz.

CAMARERO.- De manera que usted opina que todo lo que se dice en voz baja es secreto.

SHERLOCK.- Of course.

CAMARERO.- Según esto, las frases que se dicen los enamorados al oído...

SHERLOCK.- El ideal sería que nadie las oyese.

CAMARERO.- ¿Ni siquiera la persona a las que van destinadas?

SHERLOCK.- Ni siquiera.

CAMARERO.- Un poquito radical, ¿no? (**Dirigiéndose al VENDEDOR.**) ¿Cómo va el pato?

VENDEDOR.- Habrá que ponerle un ala de plástico, pero bien.

SHERLOCK.- Este señor que despluma un pato, ¿quién es?

VENDEDOR.- (**Indignado.**) Ustedes los detectives se creen con derecho a saberlo todo. No le autorizo a meterse en mi vida privada, ¿me oye?, ¡no le autorizo!

SHERLOCK.- Pero si yo...

SEÑORA.- Tiene razón. No se puede ir por la vida acosando a la gente. Hay que defender la privacidad, ¿se entera?

SHERLOCK.- Como le vi con un pato...

SEÑORA.- ¿Y qué? ¿Si le hubiera visto con un cisne le habría confundido con Lohengrin?

SHERLOCK- Probablemente, no.

SEÑORA.- ¿Se da cuenta?: no hay que fiarse de las apariencias.

VENDEDOR.- (A punto de llorar.) Tengo muy mala suerte. Desde que dejé la tienda, todo me sale mal.

SHERLOCK.- (Desconcertado.) ¿Qué le pasa? Yo no creí...

CAMARERO.- Hay que comprenderlo: un amigo suyo se suicidó en Ostende.

SHERLOCK.- No sabía.

SEÑORA.- ¿Ha pasado usted algún insoportable invierno en Ostende?

SHERLOCK.- En 1919, recién terminada la Primera Guerra Mundial, fui a Brujas a investigar un triple asesinato: un rico comerciante belga, que traficaba en diamantes, había envenenado con arsénico a sus tres hermanos solteros para que nadie pudiese heredarlo. Era un crimen muy difícil de descubrir porque resultaba imposible averiguar el móvil. Por fin, después de muchas pesquisas y gracias a la inestimable colaboración de un gato al que se le hizo la autopsia y se encontró en su estómago un documento comprometedor, pude saber que el millonario belga había dejado su fortuna a una Fundación encargada de rehabilitar el buen nombre de Mata-Hari. Entonces, con un suspiro de alivio, me fui a Ostende a tomarme una copa de armagnac.

VENDEDOR.- ¡Fantástico!

CAMARERO.- Muy ilustrativo, desde luego.

SEÑORA.- ¿Y dónde lo tomó usted?

SHERLOCK.- ¿El qué?

SEÑORA.- El armagnac.

SHERLOCK.- En un pequeño bar con lucecitas rosas que hay en la Plaza Van Dallenven.

SEÑORA.- La conozco.

SHERLOCK.- ¿De veras?

SEÑORA.- No se encuentra mejor armagnac en todos los Países Bajos.

CAMARERO.- El mundo es un pañuelo, realmente.

VENDEDOR.- ¿Verdad?

(Están todos muy conmovidos aunque el VENDEDOR no deja de desplumar el pato.)

CAMARERO.- Y dígame: ¿qué se hizo del doctor Watson?

SHERLOCK.- A mí realmente lo que me apetecería es una taza de té.

SEÑORA.- Le han preguntado por el doctor Watson.

VENDEDOR.- ¿Quién?

SEÑORA.- ¡Cállese!

SHERLOCK.- Con pastas. No muchas. A poder ser unas que venden en Fortnum and Mason, London.

CAMARERO.- ¿Cómo dice?

SHERLOCK.- ¿Puede alguien decirme si ya son las cinco?

SEÑORA.- La última vez que un inglés tomo té con pastas a las cinco de la tarde fue en una ópera de Menotti que patearon en el Coven Garden.

SHERLOCK.- Sabe usted mucho de ópera para ser la encargada de la guardarroía.

SEÑORA.- Lo mismo le dijo Lord Byron a Mary Shelley cuando escribió "Frankenstein".

VENDEDOR.- ¿Quién? Por favor, cuénteme algo.

CAMARERO.- **(Volviendo al tema de antes.)** Le había preguntado por el doctor Watson.

SHERLOCK.- Ah... el doctor Watson... bueno digamos que está tomando las aguas en Marienbad.

CAMARERO.- ¿Está usted seguro?

SHERLOCK.- Bueno... puede que sea en el lago de Como... o en Badem Badem... o en Cestona. No sé... en cualquier caso, está tomando las aguas.

CAMARERO.- ¿Y por qué está tomando las aguas el doctor Watson?

SHERLOCK.- Es una historia muy desagradable: el doctor Watson tiene problemas de vejiga.

CAMARERO.- ¿Orina poco?

VENDEDOR.- Eso con un buen braguero...

SEÑORA.- Gaetano Donizetti expulsó tres piedras la noche del estreno de *El elixir de amor* en Milán.

SHERLOCK.- Entonces mi té...

CAMARERO.- No quisiera parecer quisquilloso, pero espero que comprenda que resulta muy difícil aceptar que es usted Sherlock Holmes si no viene acompañado del doctor Watson.

SHERLOCK.- Le aseguro que soy Sherlock Holmes y que vivo en Baker Street en una casa convertida en museo, lo cual no deja de proporcionarme algunas incomodidades.

CAMARERO.- ¿Y a nosotros cómo nos consta?

VENDEDOR.- Hay mucho estafador últimamente.

SHERLOCK.- Soy miembro fundador de la Real Sociedad Inglesa de Amigos de los Primeros Visitantes de Nueva Zelanda, socio del Club de Protectores de las Vajillas Pakistaníes de Buckingham Palace y Doctor Honoris Causa por la Universidad de Oxford en su Muy Ilustre Especialización de "Poneys" Colorados. Aparte de esto, no acostumbro a leer a los poetas irlandeses, adoro el roast beef de Simpsons y mataría a mi madre por una pinta de una buena cerveza Guinness. ¿Basta con eso?

SEÑORA.- (Al CAMARERO y al VENDEDOR.) Démosle un margen de confianza, ¿no les parece?

SHERLOCK.- Gracias. ¿Me permiten entonces que insista en mi té?

CAMARERO.- El único inconveniente es que aquí servimos el té con pato laqueado.

VENDEDOR.- O pato con orugas o pato con bambú o pato con salsa de tiburón asado o pato al alcanfor o pato con anguilas salteadas o sopas de pato con menudillos de perro pequinés en forma de tallarines.

SHERLOCK.- ¿No puede ser con otra cosa?

CAMARERO.- También lo servimos solo, pero le costará más caro.

SHERLOCK.- No importa. Yo soy rico por casa. Los Holmes descendemos por línea directa de Sir Francis Drake, el pirata.

SEÑORA.- ¿Y cómo se entiende que sea usted detective descendiendo de un pirata?

SHERLOCK.- Por eso, justamente por eso: Francis fue siempre la oveja negra de la familia.

CAMARERO.- ¿Le servimos el té?

VENDEDOR.- ¿Con una pechuguita de pato?

SHERLOCK.- No, gracias: otro día.

CAMARERO.- Pues algo tendrá usted que tomar. Espero que comprenda que no se puede venir a un restaurante a no comer.

VENDEDOR.- Incluso los vegetarianos. Yo tenía un abuelo militar que perdió la dentadura en la guerra de África y que desde entonces sólo comía escarola. Bueno, pues así y todo, cuando iba a un restaurante pedía...

SHERLOCK.- ...¡Escarola!

VENDEDOR.- Sí. ¿Cómo lo sabe?

SHERLOCK.- Elemental, querido Watson.

SEÑORA.- No diga "querido Watson" cuando no está el doctor Watson: me pone nerviosa.

SHERLOCK.- Lo siento; es la costumbre.

CAMARERO.- Y hablando de costumbres: ¿se puede saber a qué ha venido usted aquí?

SHERLOCK.- (Refiriéndose a la SEÑORA de la guardarropía.) ¿No se lo ha dicho esta señora?

CAMARERO.- Mire usted, esta señora se encarga de la guardarropía y nuestras relaciones son excelentes, aunque distantes.

SHERLOCK.- No sabía.

VENDEDOR.- Ya ve.

SHERLOCK.- Bueno, pues he venido a descubrir un crimen. Para ser más precisos, a investigarlo.

(Al oír la palabra «crimen», el VENDEDOR se inquieta muchísimo y empieza a desplumar el pato furiosamente.)

CAMARERO.- Lo malo es que no puedo avanzar en mis investigaciones si antes no averiguo si este saloncito es chino o japonés.

SEÑORA.- ¡Qué manía! ¿Qué más da que sea chino o japonés? Todos los restaurantes chinos o japoneses son horribles.

CAMARERO.- No le permito que hable usted mal de este establecimiento: ¡queda suspendida cinco días de empleo y sueldo!

VENDEDOR.- ¡Coño!

CAMARERO.- (A SHERLOCK.) ¿Y en qué se diferencia un crimen cometido en un saloncito chino de un crimen cometido en un saloncito japonés?

SHERLOCK.- ¿Lo pregunta usted en serio?

CAMARERO.- Definitivamente.

SHERLOCK.- Verá: la atmósfera influye. No se asesina de la misma manera en Deauville que en Marraquesh, en día de lluvia que a pleno sol, a las once de la mañana que a las seis de

la tarde, con traje azul marino que en bañador... Por eso el inspector Maigret bebe calvados y Hércules Poirot viaja por el Nilo.

CAMARERO.- Muy interesante.

VENDEDOR.- (**Admirativo.**) Vale mucho, ¿no?

SEÑORA.- Se nota que va a la Ópera de vez en cuando.

SHERLOCK.- Por ejemplo, una vez descubrí un crimen porque tuve la intuición de que el asesino tenía acento de Glasgow cuando en Scotland Yard estaban seguros de que hablaba con acento de Manchester.

SEÑORA.- Increíble.

SHERLOCK.- That's right. Incredible but true.

VENDEDOR.- ¿Qué ha dicho?

SEÑORA.- Nada: no moleste.

SHERLOCK.- (**Al CAMARERO.**) De modo que dígame: ¿este saloncito es chino o japonés?

(Hay una pausa expectante en la que todos esperan la respuesta del CAMARERO.)

CAMARERO.- ¿Usted ha oído hablar de la cuadratura del círculo, de la teoría de la relatividad y de los agujeros negros?

SHERLOCK.- Pertenezco a la Real Academia Galesa de las Ciencias y otros Inconvenientes.

CAMARERO.- Bueno, pues algo así.

SHERLOCK.- Funny.

CAMARERO.- De modo que no tengo nada más que explicarle.

SHERLOCK.- En este caso no me quedará más remedio que investigar el crimen de todas formas.

SEÑORA.- Si a usted esto le parece una consecuencia

lógica...

SHERLOCK.- Lo primero que se necesita para averiguar un asesinato es descubrir dónde está el cadáver.

VENDEDOR.- Eso.

SHERLOCK.- ¿Por qué ha dicho "eso"?

VENDEDOR.- ¿He dicho "eso"?

SHERLOCK.- Sí, ha dicho "eso".

VENDEDOR.- Lo siento. Me ocurre a veces: tendré que ir al médico.

SHERLOCK.- Cuídese. Sigamos: ciertamente se puede investigar un crimen sin encontrar el cadáver e incluso, en algunos casos especiales, no resulta imposible averiguar un asesinato sin descubrir el cuerpo del asesinado y hasta se habla de que una vez, en Hong Kong, un detective malayo aclaró un crimen en el que no había ni criminal ni víctima.

VENDEDOR.- Eso tiene mérito.

SHERLOCK.- ¿Cómo ha dicho?

VENDEDOR.- Nada.

SHERLOCK.- Continúo. Después de hallar el cadáver, se trata de conocer el móvil.

CAMARERO.- Siempre hay un móvil, supongo.

SEÑORA.- El crimen es apasionado: como el "Bel Canto".

SHERLOCK.- Sí, siempre hay un móvil: el amor, los celos, la venganza, una pequeña herencia en el sur de Inglaterra, cerca de Port Isaac...

SEÑORA.- Triste.

SHERLOCK.- Sí. Hace años alguien escribió un libro titulado "El crimen considerado como una de las Bellas Artes", pero no consiguió hacer proselitismo: lamentable.

VENDEDOR.- Ocurre como con la ortopedia: no se valora.

CAMARERO.- ¿Cómo va el pato?

SEÑORA.- La última pluma me la pido: para el sombrero.

CAMARERO.- (A SHERLOCK.) ¿Y luego?

SHERLOCK.- (Retomando su relato anterior.) Luego, todo es muy sencillo. Una vez encontrado el cadáver y descubierto el móvil, sólo hay que llamar a la policía.

CAMARERO.- Pero el criminal...

SHERLOCK.- Yo soy una persona delicada; no sé si he tenido ocasión de confesárselo. No me gusta delatar al culpable: sería una forma como cualquier otra de mancharse las manos.

SEÑORA.- Lo entiendo perfectamente: los "concertinos" piensan igual.

SHERLOCK.- Quiero decir, que el trabajo sucio lo tienen que hacer los policías. A mí, la verdad, todo eso de detener a la gente me repugna.

CAMARERO.- Ya, ya, pero, según esta teoría, los criminales siempre quedan impunes.

SHERLOCK.- ¿Y por qué no? La culpa no existe. El sentimiento de culpabilidad es una idea antigua propagada por la sociedad fabiana a la que tanto combatió Georges Bernard Shaw, un individuo de Dublín quien cometió la insolencia de inventarse el idioma inglés. Nadie es culpable: ni siquiera los ministros de Su Majestad Británica.

CAMARERO.- En este caso, si aquí se hubiera cometido un crimen...

SHERLOCK.- No se puede haber cometido un crimen sin que yo antes haya averiguado si este saloncito es chino o japonés.

SEÑORA.- Vamos a suponer que yo soy una "geisha"...

CAMARERO.- No vamos a suponer nada porque las "geishas" de lo único que no se ocupan es de la guardarropía.

SEÑORA.- (Molesta y al VENDEDOR.) Se está tomando muchas atribuciones, ¿no cree?

VENDEDOR.- Desde luego.

CAMARERO.- (Otra vez a SHERLOCK.) Repito: si aquí se

hubiera cometido un crimen...

SHERLOCK.- Yo no tendría el menor interés en denunciar al asesino.

CAMARERO.- ¿Seguro?

SHERLOCK.- Lo peor de detener a un asesino es que luego hay que castigarlo. Ya sabe: la cárcel, el proceso, de nuevo la cárcel, en ocasiones la horca... Todo muy engorroso y gravosísimo para los contribuyentes.

CAMARERO.- O sea que usted es partidario...

SHERLOCK.- Se encuentra el cadáver, se averigua el móvil, se avisa a la policía y, mientras, el criminal se va a Río a marcarse una samba con una "garota" de Ipanema.

SEÑORA.- ¡Como Verdi... lo mismo!

VENDEDOR.- ¡Qué tío!

CAMARERO.- (Que por primera vez se excita.) ¿Estaría usted dispuesto a firmar esto?

SHERLOCK.- Why not, my friend, why not?

CAMARERO.- (Al VENDEDOR.) Deja el pato y tráete un folio de papel "couché".

VENDEDOR.- ¡Voy!

(Cuando el VENDEDOR está a punto de marcharse, suena un estrépito horroroso, se levanta una losa del escenario y entre una nube de polvo aparece el PIANISTA con muy mal aspecto. Oscuro y música oriental.)

(Vuelve la luz de repente, como un estallido, y suenan las notas pegadizas de un charlestón. La puerta se abre e irrumpe en escena un individuo de edad indeterminada - aunque sin duda bastante mayor- bailando. Viene vestido con un frac encarnado de seda, chaleco blanco de piqué con botones dorados y un bombín también rojo. Trae la cara pintada de negro y usa guantes del mismo color. Se ha encendido un «seguidor» que sigue al bailarín en sus

movimientos como si nos encontráramos en un «music-hall» de final de los años treinta. Cuando termina de bailar su «charles», se sienta extenuado -tal vez se hayan oído unos discretos aplausos y algún silbido- se quita los zapatos y se dirige a los espectadores. Habla con un curioso acento entre inglés y catalán. Enseguida vamos a descubrir que se llama MR. ROBINSON.)

MR. ROBINSON.- Hola, me llamo Mister Robinson y vivo en Barcelona. Nací en una calle estrecha cerca del puerto -en donde ahora hay una estatua dedicada a Carmen Amaya, nuestra gran bailarina de flamenco- y justo al lado de un conocido restaurante que se llama -o se llamaba- "El rey de la gamba". Ya de niño me atraía el mar y soñaba con un país lejano y excitante del que llegaban noticias confusas y contradictorias: los Estados Unidos de América. Cuando en todos los bares de la Barceloneta se cantaba aún "El relicario" de Raquel Meller... (MR. ROBINSON **canta bajito.**)

Pisa morena,
pisa con garbo,
que un relicario,
que un relicario,
me voy a hacer
con el trocito
de mi capote
que haya pisado,
que haya pisado,
tan lindo pie.

...yo me quedaba mirando el agua imaginando que, a fuerza de fijarme en las olas, acabaría un día descubriendo Nueva York. ¡Nueva York! El jazz, el cine, el fox, el boogie-woogie... Broadway, las grandes comedias musicales, Gerswhin, Cole Porter...

(MR. ROBINSON casi tararea un trocito de «Night and Day».)

Una de las primeras imágenes que tengo de mí mismo es una corta travesía por el puerto en una "Golondrina" -unos barquitos que salían de la Puerta de la Paz enfrente de la estatua a Colón- cogido de la mano de mi padre, un hombre grande y fuerte que trabajaba en una pajarería de la calle de la Sal. Me recuerdo con el pelo rizado y una falda rosa con lunares pequeños y blancos. Tal vez a ustedes les sorprenda que yo llevara entonces una falda, pero nada en esta vida es fácil de explicar. Verán: aunque todo el mundo me conoce como Mister Robinson, "el negro del coconut", mi verdadero nombre es Montse... Montse Pujadas. ¿Que cómo es posible que Montse Pujadas, hija de un pajarero de la Barceloneta, se haya convertido en Mister Robinson "el negro del coconut"? Ah, pues todo comenzó muy temprano. Yo notaba que corría más que mis compañeras de clase, que tenía más fuerza, que me encantaba pelearme y que cada vez que veía a un marinero tomando una tapa en Cal Pinxo, que era un bar que había en el Paseo Nacional, se me iban los ojos a los pantalones. Pero no se me iban los ojos porque yo fuese niña sino porque yo era... no sé... distinta. Ustedes me entienden. Nunca fui guapa. Mis padres y mis tíos decían que sí, que era muy mona, pero lo decían con la boca chica, y yo lo notaba y mayormente los días de mi santo o de mi cumpleaños o cuando íbamos a visitar al primo Vicente un sábado de la Festa Major de Gracia. Es posible que ustedes no se lo crean, pero a mí nunca me ha gustado sentarme en la taza del cuarto de baño para orinar -o para hacer pipí, si ustedes lo prefieren- y me entraban ganas de irme a los urinarios públicos con los hombres, de pie, en fila y con un cigarrillo en la boca. El día que tuve la primera menstruación, me dio mucho asco y, si no llega a ser por mi madre, no sé lo que hubiera hecho. Me lavaba mucho, continuamente, como para que no quedasen las huellas de algo que a mí me parecía repugnante. Por otra parte, mi voz siempre fue más grave de lo normal en una chica y me salían, con frecuencia, algunos pelillos en la barba. No me gustaría que ustedes pensaran que soy un mariquita. Detesto a los mariquitas. Una noche, en el Molino del Paralelo, vi a un bailarín de español al que llamaban "La gitana rubia" y tuve que salirme para vomitar. No. Yo quería ser hombre para bailar como Fred Astaire. ¿Se acuerdan?

(Empieza a escucharse la música de «Begin the beguine» u otra parecida y MR. ROBINSON baila cantando...)

When begin the beguine
it brings back the sound of music so tender...

Fred Astaire, Ginger Rogers... Times Square... Me hubiera gustado nacer en América... en Nueva York y cantar canciones del Sur como Al Jolson que también se pintaba la cara de negro, como yo. Me hubiera gustado saber inglés para cantar de rodillas, llorando, iluminado por un proyector blanco y moviendo mucho las manos como para atrapar la luna...

Mammy! Mammy!
I sing about you.

(Cesa la música y se apaga el proyector que lo iluminaba.)

Una tarde, a la salida del colegio, me violaron. Fue en uno de los muelles y entre unos grandes contenedores de madera. Me acuerdo de que, a lo lejos, había un barco con la bandera norteamericana con unas letras pintadas que decían "Old man river", como una canción que se cantaba mucho en Manhattan. Fue algo muy extraño. Me dolió y me sentí humillada pero, en el fondo de mí, había un enorme cariño por aquel hombre, del que nunca vi la cara, que me estaba violando. A los quince años me vestí de chico y me fui de casa. Me hice prostituta en un burdel de la calle Robadors. Tuve mucho éxito. A aquellos tipos con su puro y su copa de cazalla les excitaba mucho acostarse con una niña que llevaba calzoncillos como un muchacho y que tenía el sexo ambiguo y misterioso. Yo, luego, me gastaba el dinero en los espectáculos de music-hall. Eran los tiempos de "El catalán", "La buena sombra", el "Colón", el "Montmartre Cabaret", "Barcelona de noche"... la Chelito aún se buscaba la pulga y las cupletistas pusieron de moda un cuplé que cantaban todas las criadas en los patios de vecindad...

(MR. ROBINSON **canta sin música.**)

Cocaína,
sé que al fin me has de matar.
Me asesinas,
pero calmas mi pesar.

Una noche de mucho calor, en la que todos los pisos de las Ramblas tenían abiertos sus balcones, me llevé a mi cuarto a un marinero de New Jersey. Era homosexual y fue la primera persona que me habló de amor. Con él descubrí que yo era hombre de verdad. Venía de lejos -tal vez de Shanghai o de San Francisco- y había pasado una temporada en Harlem. De allí traía el ritmo del charles. Él me enseñó a bailarlo. Un día decidimos dar un golpe de efecto: nos fuimos al "Lyon D'Or", que era el café más famoso de Barcelona, interrumpimos a la orquesta, saltamos a la pista y nos marcamos los primeros pasos del charleston. Al poco tiempo toda la ciudad cantaba y bailaba...

(MR. ROBINSON **canta y baila.**)

¡Madre, cómprame unas botas,
que las llevo rotas
de tanto bailar!
¡El charleston!

Jimmy -así se llamaba el marinero- se volvió a Estados Unidos en un carguero que transportaba plátanos y a mí me contrataron en el Eden Concert. Me compré un frac encarnado, me pinté la cara de negro y decidí llamarme Mister Robinson porque Jimmy -no era difícil sospecharlo- se apellidaba así: Robinson... ¡My love! Durante algún tiempo me fue muy bien. Fui el rey del charleston. Durante muchos años, se me rifaban los mejores bataclanes de la ciudad, cobraba más que el mejor artista del Excelsior y, entre el ritmo de los primeros blues y el

humo de los "murattis" y los "luckys", me desayunaba todas las mañanas un jerez con dos yemas de gallina clueca para recomponer el cuerpo. ¡El cuerpo! Hay que haber atravesado muchos océanos y haber ayudado a poner y a quitar muchos preservativos para descubrir que la juventud dura menos que ese chocolate vienés que daban en el Café del Liceo. El espejo debió de inventarlo un soldado pederasta de las tropas de Felipe V. ¡Mierda! Antes de que a mi sexo, vagamente femenino, le salieran telarañas, me fui a Casablanca a que me operaran. Salió mal. Mejor no hablar de esto, ¿no creen? Y desde entonces, ¿saben?, perdí la alegría de vivir... si es que la he tenido alguna vez. Poco a poco, fui perdiendo también la gracia, el ritmo y, un día que quise bailar aquel charles que había puesto de moda Josephine Baker...

Yes! We have no bananas,
we have no bananas, today ...

me caí al suelo y me puse a llorar. Tuve que vender el piso que había comprado y me fui a vivir a la pensión Carmela de la calle Escudillers. Allí conocí a un chino -bueno, a lo mejor era japonés- que era taoísta y que vendía sedas a unos almacenes de la calle Pelayo. Vivimos una historia miserable en una habitación que tenía una ventana, con un geranio, que daba a una acera con prostitutas y maricones. Un domingo fuimos a la escollera y yo le dije: "Mira, hoy no es posible porque hay mucha bruma, pero en los días claros, un poco más allá del horizonte, se ve Nueva York". Entonces el chino -o japonés, ¿yo qué sé?-, sacó una Kodak viejísima y me hizo una foto con unas bragas negras y un pene de latex que, lentamente, con el sol, se fue fundiendo hasta dejar un charquito.

(Hay una pausa en la MR. ROBINSON musita sin casi se le oiga...)

Cuando una miss se enamora
mira en su liga la hora
y dice al mister que adora:

"Bailemos el charleston.... ¡Ton!"

(Luego, vuelve a hablar con los espectadores.)

A mí no me gustan los saloncitos chinos ni japoneses porque, aunque pueda parecer lo contrario, las ambigüedades me inquietan muchísimo. En realidad yo he venido aquí por dos razones: la primera porque me han asegurado que dan un piper mint con gotas de médula de mandarín excelente; y la segunda, porque me parece el lugar perfecto para masturbarme. No crean que es un asunto sencillo; al menos en mi caso: ¿qué es más apropiado: un clítoris oculto y penumbroso o un prepucio tímido y asustado? ¿Dónde está la verdad y dónde la mentira en un saloncito del que no sé si es chino o japonés? Una vez más el gran dilema: ¿tengo que masturbarme como Mister Robinson, el negro del coconut, o como Montse Pujadas, aquella niña que nunca se repuso de su primera menstruación?

(MR. ROBINSON sonríe nostálgico. Cuando vuelve a sonar la música, se ilumina el seguidor y canta y baila.)

Madre, cómprame un negro
cómprame un negro en el bazar.
Madre, cómprame un negro
cómprame un negro en el bazar.
Que baile el charleston
y que toque el "jazz band".
Madre, cómprame un negro
cómprame un negro para bailar.

(Cuando termina, se abre la puerta y llega el CAMARERO con un piper mint frappé.).

CAMARERO.- Su piper mint.

MR. ROBINSON.- (En catalán.) Moltes gracies.

(Oscuro, música oriental y final de la Primera Parte.)

Parte II

Se encienden las luces o se levanta el telón de esta segunda parte. Aunque nada se ha modificado sustancialmente, en escena hay ahora un piano y la mesa comedor se ha transformado en una mesa de juego con su tapete verde y todo. A su alrededor el CAMARERO, SHERLOCK HOLMES y el RESTAURADOR que se fue a Ostende a suicidarse, están sentados jugando al póquer. El PIANISTA toca al piano «Tea for two» y la SEÑORA del guardarropas baila con MR. ROBINSON como si estuvieran en Broadway.

CAMARERO.- Abro.

RESTAURADOR.- Voy.

VENDEDOR.- Voy.

SHERLOCK.- A dos mil.

CAMARERO.- Voy.

VENDEDOR.- Voy.

SHERLOCK.- Cartas.

CAMARERO.- Dos.

RESTAURADOR.- Una.

CAMARERO.- Una.

SHERLOCK.- Servido.
CAMARERO.- Bien.
RESTAURADOR.- Bien.
VENDEDOR.- Bien.
SHERLOCK.- Mil más.
CAMARERO.- Voy.
RESTAURADOR.- Dos mil.
VENDEDOR.- Me tiro.
SHERLOCK.- Tres mil.
CAMARERO.- Cuatro.
RESTAURADOR.- Cinco.
SHERLOCK.- Seis.
CAMARERO.- Me tiro.
RESTAURADOR.- Siete.
SHERLOCK.- Ocho.
RESTAURADOR.- Nueve.
SHERLOCK.- Diez.
RESTAURADOR.- Veo.
SHERLOCK.- Juego.
RESTAURADOR.- Póquer de ases.
SHERLOCK.- Escalera de color.

(SHERLOCK HOLMES empieza a recoger el dinero que hay sobre la mesa cuando el RESTAURADOR pega un puñetazo sobre ella que está a punto de derribarla. La SEÑORA del guardarropa y MR. ROBINSON dejan de bailar.)

RESTAURADOR.- ¡Trampas, ha hecho usted trampas!

SHERLOCK.- ¿Cómo ha dicho?

RESTAURADOR.- Lo ha oído perfectamente, no disimule.

SHERLOCK.- Supongo que ignora usted con quién está hablando.

RESTAURADOR.- He visto su cara en una edición antigua de las obras de Conan Doyle.

SHERLOCK.- Soy detective, y me ocupo de investigar un asesinato.

PIANISTA.- (Orgullosa.) ¡El mío!

RESTAURADOR.- Puede ser, pero esto no le autoriza a ganarme diez mil pesetas haciendo trampas.

SHERLOCK.- Mi nombre es Sherlock Holmes y mis antepasados tuvieron un castillo en el condado de Windsor.

CAMARERO.- Además, desciende por línea directa de Sir Francis Drake, el pirata.

RESTAURADOR.- Ah, conque desciende de un pirata... ¡esto lo explica todo!

SHERLOCK.- Usted no sabe quién era Sir Francis Drake.

RESTAURADOR.- Pues sí señor, lo sé: he restaurado un cuadro de finales del siglo dieciséis, que puede contemplarse en la Tate Gallery de Londres, en donde se ve a la Reina Isabel jugando a las cartas con mister Drake y en el que se observa que su ilustre antecesor tiene oculto un as entre las puntillas de su manga izquierda.

SHERLOCK.- ¡No le tolero que difame a mi familia, no se lo tolero!

CAMARERO.- Calma, señores, calma, este es un establecimiento respetable.

VENDEDOR.- Se va a armar, lo sospechaba.

RESTAURADOR.- Nunca debí jugar al póquer con la

familia de un filibustero.

VENDEDOR.- ¿Un... qué?

SEÑORA.- ¿Por qué no bailamos todos el cake-walk? (Al Pianista.) ¡Música, maestro!

(El PIANISTA se arranca a tocar el cake-walk y la SEÑORA del guardarropa y MR. ROBINSON inician un número musical que es interrumpido por SHERLOCK HOLMES quien profiere unos horribles insultos en inglés provocados por lo mal que le ha sentado la palabra «filibustero».)

SHERLOCK.- The word filibuster is not exactly the same as the word pirate, and the word pirate is not the same as the word filibuster, from wich two consequences can not be deduced: a) that mister Drake, my distinguished ancestor, knew how to play poker, and b) that to cheat in the game is an english custom wich the english in conquering India. Bloody hell!

(Al final y en el colmo de la ira, arroja su gorra al suelo y la pisa violentamente. Se produce un silencio expectante.)

VENDEDOR.- ¿Qué ha dicho?

CAMARERO.- No sé, nunca fui a la Berlitz.

(MR. ROBINSON traduce lentamente.)

MR. ROBINSON.- Ha dicho que la palabra filibustero no es lo mismo que la palabra pirata y que la palabra pirata no es lo mismo que la palabra filibustero, de lo cual no se pueden deducir dos consecuencias: a) que mister Drake, su ilustre antepasado, supiese jugar al póquer y b) que hacer trampas en el juego sea una costumbre inglesa con la que los ingleses consiguieron conquistar la India. También al final ha dicho "me cagüen la leche".

SEÑORA.- ¿Dios mío! Nunca había vuelto a escuchar esta expresión desde que a Bienamino Gigli le falló la voz en Filadelfia.

PIANISTA.- (A la SEÑORA.) ¿Volvemos al "Vissi D'Arte"?

SEÑORA.- Me parece lo más apropiado, desde luego.

(El PIANISTA inicia el «Vissi D'Arte» de Tosca pero, antes de que la soprano arranque a cantar, el CAMARERO interviene perentorio.)

CAMARERO.- Un momento: este caballero (refiriéndose a Sherlock Holmes) ha dicho "me cagüen la leche" y esto no puede quedar así.

MR. ROBINSON.- (Como excusándole.) Lo ha dicho en inglés.

CAMARERO.- De todas formas. Me parece una frase escandalosamente ordinaria, indigna de pronunciarse en este saloncito.

VENDEDOR.- Tiene razón. Si todo el mundo empezara a decir "me cagüen la leche" no se podría vivir en esta ciudad.

PIANISTA.- ¿Qué ciudad?

VENDEDOR.- (Vencido por la observación del PIANISTA.) Esto también es cierto.

CAMARERO.- Ni siquiera cuando en 1924 el Emperador chino Pu-yi, último representante de la dinastía Qing, abandonó su palacio de 9.000 habitaciones y 270.000 metros cuadrados situado en el corazón de Pekín, obligado por las circunstancias, pronunció una grosería como ésta.

VENDEDOR.- A lo mejor es que en China "me cagüen la leche" no existe.

CAMARERO.- ¡Cállese! ¿Dónde está el pato, eh, dónde está el pato? La última vez que lo vi aún le quedaba la pechuga por desplumar.

VENDEDOR.- Para el jueves de la semana que viene estará

listo.

CAMARERO.- Dese prisa: van a ocurrir grandes acontecimientos.

VENDEDOR.- Sí, "chef". (Y se va corriendo junto al PIANISTA con quien comenta...) Tiene muy mal carácter: se va a herniar.

PIANISTA.- (Comprensivo, al VENDEDOR.) Siento no poder ayudarle: últimamente he estado muy malito.

RESTAURADOR.- (Triunfante.) Es evidente que de una persona que dice "me cagüen la leche", aunque sea en inglés, no hay que fiarse.

SHERLOCK.- Menos hay que fiarse de otra que se fue a Ostende a suicidarse y aquí está como si nada.

RESTAURADOR.- Como si nada, no, que me he pasado veinticinco días en el Hospital General de Bruselas recuperándome.

CAMARERO.- No consiguió usted ahogarse, me imagino.

RESTAURADOR.- No, pero agarré una pulmonía de mucho cuidado.

SEÑORA.- A un amigo mío tenor se le atrofió el fiato en el Cantábrico, enfrente de La Coruña.

MR. ROBINSON.- Cuando el agua está muy fría conviene santiguarse. En S'Agaró, los catalanes se encomiendan a la "moreneta" antes del baño.

SEÑORA.- ¿Y no se ahogan?

MR. ROBINSON.- Algunos, pero el abad de Montserrat cuida sus almas.

(El PIANISTA toca los primeros compases de «Som i serem gen catalana» y MR. ROBINSON y la SEÑORA se disponen a bailar una sardana.)

SHERLOCK.- No estoy dispuesto a continuar este tipo de conversación ni van a conseguir distraerme con estas músicas

del folklore vasco.

PIANISTA.- (Corrigiendo.) Catalán.

MR. ROBINSON.- (Por SHERLOCK.) Quins collons!

SHERLOCK.- Vasco o catalán... me da lo mismo. Yo recojo el dinero, me lo guardo en la cartera, reservo el diez por ciento para el Ejército de Salvación de los Oradores de Hyde Park, y ya.

RESTAURADOR.- Nada de "y ya". Es usted un tramposo y tendrá que pasar por encima de mi cadáver y del de Claudio Coello, que en este año se celebra su tricentenario.

SHERLOCK.- No sé quién es Claudio Coello ni me importa.

VENDEDOR.- (Al PIANISTA, con el que ha entablado una cierta amistad.) Pues es una calle muy céntrica, ya ve usted.

PIANISTA.- (Dispuesto a estar de acuerdo en todo.) Me figuro.

RESTAURADOR.- (De repente muy barriobajero.) Como ponga usted las manos sobre la "pasta" le "casco" la pipa.

MR. ROBINSON.- "Cascar": varias acepciones.

SEÑORA.- ¡Qué barbaridad, qué fauna!

SHERLOCK.- Me voy a llevar el dinero ipso facto.

RESTAURADOR.- Ni se le ocurra.

SHERLOCK.- A que sí.

RESTAURADOR.- A que no.

CAMARERO.- Por favor, señores, nada de escándalos; tengan en cuenta que en este saloncito hay muchas porcelanas.

SHERLOCK.- ¡A la una!

RESTAURADOR.- ¡A las dos!

SHERLOCK.- ¡A las tres!

(SHERLOCK se abalanza sobre el RESTAURADOR, el CAMARERO intenta interponerse entre ellos pero tropieza con la SEÑORA quien la emprende despiadadamente contra él, ante lo cual MR. ROBINSON se siente obligado a intervenir en su defensa pero, con tan mala fortuna, que empuja al VENDEDOR quien le pega un puñetazo en un ojo. El lío que se arma es fenomenal mientras el PIANISTA toca una de esas piezas que se interpretan en las películas del oeste en estas ocasiones. Cuando el follón es más grande, aparece por la puerta un individuo vestido con un abrigo de astracán que se llama ÓRDAGO y que habla con un inalámbrico. En cuanto lo ven, los contendientes van cesando, paulatinamente, en su pelea. Al final se produce un silencio.)

ÓRDAGO.- Mi nombre es Órdago, aunque yo no soy del todo responsable.

CAMARERO.- Esto es un restaurante; ignoro si le ha dado tiempo a comprobarlo.

ÓRDAGO.- Lo sé: un restaurante con un saloncito chino.

CAMARERO.- O japonés.

SHERLOCK.- En eso estamos.

ÓRDAGO.- Justo: un saloncito chino que parece japonés o un saloncito japonés que parece chino; precisamente lo que ando buscando.

RESTAURADOR.- Mire usted: a mí me da igual que usted busque un saloncito chino o japonés. Lo que ha ocurrido es que mister Holmes, aquí presente, ha hecho trampas en el póquer y pretende llevarse un dinero que no es suyo.

CAMARERO.- Así empezó todo.

PIANISTA.- Yo estaba tocando el piano. (El PIANISTA empieza a tocar.)

RESTAURADOR.- Sherlock Holmes se abalanzó sobre mí.

SHERLOCK.- (Por el RESTAURADOR.) Quien me propinó una patada en la espinilla.

CAMARERO.- Entonces yo quise intervenir.

SEÑORA.- Con tan mala fortuna que me pisó en un juanete.

MR. ROBINSON.- Y yo, salí en su defensa.

VENDEDOR.- Pero me empujó y tuve que pegarle un puñetazo en un ojo.

PIANISTA.- Ante lo cual, no me quedó otro remedio que aporrear el piano furiosamente.

CAMARERO.- Y en lo mejor de este asunto se abrió la puerta y apareció usted.

(El pianista deja de tocar como cerrando un brevísimo número musical.)

ÓRDAGO.- La vida es así de imprevisible, realmente.

CAMARERO.- ¿Le importa decirnos cuáles son sus intenciones?

VENDEDOR.- Si ha venido a cenar puedo recomendarle un pato a la pamesana exquisito.

ÓRDAGO.- Odio el pato, detesto el pato, aborrezco el pato.

VENDEDOR.- Disculpe.

ÓRDAGO.- En Ponferrada nadie come pato.

SEÑORA.- ¿Es usted de Ponferrada? ¡Qué ilusión!

MR. ROBINSON.- Un amigo mío de Hospitalet se hizo transformista en Ponferrada.

ÓRDAGO.- No sería por comer pato, desde luego.

MR. ROBINSON.- "Home, no".

CAMARERO.- Insisto: ¿puede usted explicarnos por qué extraña piqueta del destino ha aterrizado usted aquí?

ÓRDAGO.- Verán: resulta que soy coleccionista.

RESTAURADOR.- ¿Ceniceros y otras nostalgias?

ÓRDAGO.- No, ceniceros, no: yo no fumo.

SHERLOCK.- Si fumase llevaría chamuscado el ojal del abrigo. Es una prueba irrefutable por la que conseguimos detener a Jack el Destripador.

SEÑORA.- Yo, una vez, en Madrid, coleccioné siete Amigos de la Ópera seguidos.

MR. ROBINSON.- ¿Y cómo le fue?

SEÑORA.- Fatal: se me descompusieron enseguida.

MR. ROBINSON.- ¡Mare de Deu, quina llástima!

PIANISTA.- (Al VENDEDOR.) No fueron siete: fueron quince.

VENDEDOR.- Las ciudades musicales es lo que tienen.

CAMARERO.- (A ÓRDAGO.) ¿Y qué colecciona usted, si puede saberse?

ÓRDAGO.- Saloncitos, yo colecciono saloncitos.

CAMARERO.- ¿De qué tipo?

ÓRDAGO.- De todos, de todos los tipos. Desde un "domus" pompeyano con columnas corintias, hasta un apartamento moderno en Manhattan con vistas a Central Park, pasando por un interior islámico con encajes arabescos, un hotel francés con frescos cenitales y un "sitting room" inglés con lámparas Tiffany.

RESTAURADOR.- ¿También una sala de estar sevillana con la Virgen del Rocío sobre la cómoda?

ÓRDAGO.- También.

CAMARERO.- Entonces...

ÓRDAGO.- Entonces... tengo un saloncito chino de Nanjing y un saloncito japonés de Yokohama, pero me falta un saloncito chino que parezca japonés o un saloncito japonés que parezca chino.

CAMARERO.- ¿Y si no lo hubiera?

ÓRDAGO.- Lo hay: este.

RESTAURADOR.- Perdona la pregunta, pero, ¿usted es capaz de estar interesado por algo que parece lo que no es?

VENDEDOR.- ¿O que es lo que no parece?

RESTAURADOR.- ¡Usted cálese, no confunda!

ÓRDAGO.- Adoro la imprecisión: sólo lo que no es cierto, pero que tampoco es falso, existe.

SHERLOCK.- Lo dijo Shakespeare: to be or not to be.

RESTAURADOR.- Ustedes los ingleses están muy pesados con esa frasecita.

SEÑORA.- Nunca he entendido por qué Shakespeare no fue músico.

MR. ROBINSON.- Hubiera escrito unas comedias musicales "wonderful".

(El PIANISTA improvisa al piano un tema de jazz con la frase «To be or not to be». Todos le miran asombrados.)

VENDEDOR.- (Al PIANISTA.) Déjalo; otro día, Sam.

(El PIANISTA deja de tocar.)

CAMARERO.- (A ÓRDAGO.) Suponiendo que este sea el saloncito que usted busca, ¿puede decirnos qué pretende?

ÓRDAGO.- Comprarlo.

CAMARERO.- ¿Y si no se vende?

ÓRDAGO.- Se vende. Y si no se vende, se compra.

RESTAURADOR.- Nadie puede comprar lo que no se vende.

ÓRDAGO.- Si esta afirmación fuera exacta, los Estados

Unidos sería un país con tres gasolineras, cinco tiendas de helados y una mobylette para atravesar el Cañón del Colorado.

SEÑORA.- Yo no vendí mi virginidad, por ejemplo.

SHERLOCK.- ¿Fue un problema de precio?

SEÑORA.- No me gusta hablar de intimidades, hágame el favor.

ÓRDAGO.- Estoy dispuesto a pagar cualquier cosa.

VENDEDOR.- Bueno, un poquito más, ¿no?

CAMARERO.- (A ÓRDAGO.) ¿Es usted rico?

ÓRDAGO.- ¡Soy el hombre más rico de la Comunidad de Castilla León!

(Al mismo tiempo que dice estas palabras, se abre espectacularmente el abrigo de astracán y descubrimos que va vestido con unos harapos lamentables.)

SHERLOCK.- Shocking! Absolutamente, shocking!

SEÑORA.- Un final de acto estupendo, desde luego.

MR. ROBINSON.- En el Arnau de Barcelona, un tipo se abría el abrigo y enseñaba la Sagrada Familia.

CAMARERO.- (A ÓRDAGO.) ¿Cómo es posible que siendo tan rico vista usted así?

ÓRDAGO.- Los tiempos son difíciles y el fisco no perdona. Vivo en una tienda de campaña debajo del Viaducto, me aseo en los lavabos de un bar que hay en la calle Segovia y todas las tardes pido limosna en la plaza de Oriente debajo de la estatua de Rencesvinto. Es posible que Hacienda seamos todos, pero yo no, por supuesto.

CAMARERO.- ¿Y el dinero? ¿En un banco?

ÓRDAGO.- En Ponferrada. En el cementerio, para ser más exactos. Compré una parcelita con unos nichos. Voy de vez en cuando por las noches y miro. Los nichos tienen unos agujeros diminutos. Los billetes han de respirar: es saludable. Los cuento

con la vista a la luz de una vela con palmatoria: un millón... tres millones... cincuenta... sesenta... cientos, cientos de millones.

SEÑORA.- Con esto se podría hacer un teatro de ópera en los Monegros, ¿no creen?

MR. ROBINSON.- Y una revista con banderitas chinas y japonesas al ritmo del charleston.

CAMARERO.- Pero los saloncitos... ¿dónde están?

ÓRDAGO.- He creado una Fundación para preservar los saloncitos de los efectos de la capa de ozono.

RESTAURADOR.- Dinero negro, sin duda.

ÓRDAGO.- Negrísimo.

SHERLOCK.- ¿Y en qué gasta usted su fortuna? ¿En viajes a Londres a ver el British?

ÓRDAGO.- No, yo no gasto dinero.

VENDEDOR.- ¿Nunca?

ÓRDAGO.- Nunca.

PIANISTA.- ¿Ni siquiera se ha comprado usted un piano?

ÓRDAGO.- Los pianos me entristecen: son demasiado negros.

VENDEDOR.- Los hay blancos. Yo vi uno en una película de Xavier Cugat.

ÓRDAGO.- El dinero no hay que gastarlo: se acaba.

SHERLOCK.- Elemental, querido Watson.

VENDEDOR.- ¿Quién?

RESTAURADOR.- (Al VENDEDOR.) ¡Cállese, coño!

VENDEDOR.- (Al PIANISTA.) No me explican nada, no lo entiendo.

(El PIANISTA toca un poquito del «Claro de luna» para consolarle. Mientras, sigue.).

ÓRDAGO.- Es como la vida: cuando se usa, se termina.

RESTAURADOR.- ¿Usted cree que hay alguna posibilidad de no usar la vida?

ÓRDAGO.- Seguramente, no.

CAMARERO.- En este caso...

ÓRDAGO.- Lo único que podemos hacer es coleccionar saloncitos.

VENDEDOR.- ¿Para qué?

ÓRDAGO.- (Como si acabara de descubrirlo.) ¿Quién es?

RESTAURADOR.- Vende bragueros, no hay que hacerle caso.

CAMARERO.- Sin embargo había preguntado: ¿para qué?

ÓRDAGO.- ¿Para qué, qué?

CAMARERO.- ¿Para qué coleccionar saloncitos?

ÓRDAGO.- Para nada. O, simplemente, para que la muerte nos pille haciendo algo. ¿Les parece poco? (Hay una larga pausa. Luego, Órdago continúa.) ¿Qué? ¿Me venden el saloncito?

SEÑORA.- ¿Y qué va a ser de nosotros?

ÓRDAGO.- Usted podrá cantar por última vez el "Vissi D'Arte" de Tosca.

SEÑORA.- ¿Me lo promete?

ÓRDAGO.- Se lo juro.

(**ÓRDAGO vuelve a cerrarse el abrigo de astracán al tiempo que el PIANISTA empieza a tocar el «Vissi D'Arte» y la SEÑORA canta. De repente da un gallo estrepitoso en el mismo sitio de siempre, se escucha un pateo fenomenal y se produce el oscuro.**)

(Música oriental. Se abre la puerta y aparece una señora de edad indeterminada, aunque seguramente todavía joven. Viste un hábito morado con la falda escandalosamente corta. En el pelo lleva una peineta con un clavel reventón y le cubre la cara un velo también morado. Es una explosiva mezcla de sevillana en Semana Santa y bailarina de can-can dibujada por Toulouse Lautrec. No hay el menor inconveniente en que se llame CONSUELO. Entra en el saloncito muy despacio y camina por él fijándose en todo. De repente se queda quieta y dice con un pequeño grito, estremecida de ilusión...)

CONSUELO.- ¡El saloncito chino, el saloncito chino!

(Luego se quita el vestido -aunque manteniendo la peineta, el velo y el clavel- y se queda en bragas y sujetador, naturalmente morados. En este momento llega el CAMARERO.)

CAMARERO.- Disculpe, no sé si interrumpo.

CONSUELO.- ¡Dios mío!, ¿quién es usted?

CAMARERO.- Trabajo en este restaurante desde el primer diluvio universal.

CONSUELO.- ¿Ha habido varios?

CAMARERO.- Teniendo en cuenta las sucesivas riadas del Levante español, desde luego.

CONSUELO.- ¿Y qué hace aquí?

CAMARERO.- Sobre esto hay varias opiniones, aunque, en general, podría asegurarse que soy el camarero.

CONSUELO.- En este caso, dígame: ¿es este el saloncito chino?

CAMARERO.- O japonés, depende.

CONSUELO.- Estoy citada en un saloncito chino que a lo mejor es japonés. ¿Se trata de éste?

CAMARERO.- Probablemente, aunque la certeza no está incluida en nuestro menú. ¿Y con quién está citada la señora...?

CONSUELO.- Consuelo... O Chelo, para la familia.

CAMARERO.- ¿Con quién?

CONSUELO.- Con nadie. Estoy citada... con nadie. ¿No le parece estupendo?

CAMARERO.- Lo lamento, pero mi trabajo es objetivo: no acostumbro a opinar.

CONSUELO.- Citarse con alguien en concreto es muy aburrido, aparte de peligrosísimo.

CAMARERO.- ¿Ah, sí?

CONSUELO.- Lo que yo le diga. Una amiga mía se citó una vez con un notario en un reservado y a la hora y cuarto aproximadamente el notario la desheredó.

CAMARERO.- ¿Cómo pudo ocurrir eso?

CONSUELO.- No se sabe. Desde entonces siempre que me encuentro con algún notario por la calle cruzo de acera por si acaso.

CAMARERO.- ¿Y cómo descubre usted que un notario es un notario fuera de la notaría?

CONSUELO.- El instinto: no me falla. Además, los huelo. Los notarios huelen, ya ve usted. Por mucha "eau de toilette" que se echen, huelen.

CAMARERO.- ¿A qué huelen los notarios?, cuénteme.

CONSUELO.- Venga usted, aquí: acérquese.

(El CAMARERO se acerca a CONSUELO y ésta le dice algo al oído. Después...)

CAMARERO.- ¡Qué barbaridad! ¡No es posible! La próxima vez que venga aquí un notario me negaré a servirle rollitos primavera.

CONSUELO.- Y hará usted muy requetebién, sí señor. Mucho ojo.

CAMARERO.- Gracias por el consejo. Y en justa reciprocidad: ¿puedo servirle algo a la señora?

CONSUELO.- (Exótica.) Tráigame un pernod.

CAMARERO.- No sé si habrá.

CONSUELO.- O un poquito de absenta.

CAMARERO.- No es seguro que haya.

CONSUELO.- O, en última instancia, medio vasito de grappa.

CAMARERO.- (Iniciando el mutis hacia la puerta.) Voy a verlo.

CONSUELO.- Dese prisa, por favor, no tengo nada que hacer.

(El CAMARERO ha llegado a la puerta y desde allí dice...)

CAMARERO.- Si no tuviésemos pernod ni absenta ni grappa, ¿le daría igual un orujo tibetano al baño María?

CONSUELO.- Ni hablar. Antes una queimada, fíjese.

CAMARERO.- Lo comprendo. Vuelvo en seguida.

(El CAMARERO se va y CONSUELO saca de un pequeño bolsillo un frasco de spray desodorante y se perfuma los sobacos. Al poco tiempo entra ÓRDAGO ataviado como el «sommeller» de un restaurante de postín con una medalla colgándole del pecho y todo. Lleva -bastante bien puesta- una nariz postiza.)

ÓRDAGO.- (Oliendo.) ¿Maderas de Oriente?

CONSUELO.- No: "Lavanda Puig", Barcelona.

ÓRDAGO.- Lástima.

(De pronto, CONSUELO parece sorprenderse del atuendo de ÓRDAGO.)

CONSUELO.- ¿Quién es usted?

ÓRDAGO.- Soy el "sommeller" de este restaurante. Me encargo del vino, los licores... en general, de todas las bebidas espirituosas. ¿La señora o señorita desea algún aperitivo, cordial o cosa semejante?

CONSUELO.- Había pedido un pernod o un poco de absenta o medio vasito de grappa.

ÓRDAGO.- No tenemos. Se nos acabaron las existencias desde que Mao Zedong vino aquí a celebrar el último aniversario de la Revolución China.

CONSUELO.- ¿Y una manzanilla de Sanlúcar?

ÓRDAGO.- **(Iniciando el mutis.)** ¡Marchando!

CONSUELO.- **(Cuya voz interrumpe el mutis de ÓRDAGO.)** ¿Y esa medalla?

ÓRDAGO.- ¿Qué medalla?

CONSUELO.- Esa... esa que lleva usted en el pecho.

ÓRDAGO.- Ah, ¿esta? La gané en un concurso de catadores de «anisetes» en Dijon: fue muy emocionante. **(Después de una pausa.)** ¿Y usted?

CONSUELO.- ¿Yo?

ÓRDAGO.- Sí. Esas bragas... ese sujetador... ¿También los ganó en algún concurso?

CONSUELO.- No, no, en absoluto: las compré en unas rebajas. En mi ciudad... Ponferrada.

ÓRDAGO.- De modo que es usted de Ponferrada...

CONSUELO.- Sí. ¿Se me nota?

ÓRDAGO.- Apenas.

CONSUELO.- Yo siempre había querido tener una ropa íntima de este color. ¿Usted me comprende?

ÓRDAGO.- Según.

CONSUELO.- El morado es un color excitante además de muy sufrido, ¿no le parece?

ÓRDAGO.- Es posible.

CONSUELO.- Tiene algo de rito de Semana Santa y también de práctica sado-masoquista.

ÓRDAGO.- Ah, ¿de forma que es usted sado-masoquista?

CONSUELO.- No siempre. En realidad, yo soy farmacéutica: es lo mío.

ÓRDAGO.- ¿Entonces el sado-masquismo?

CONSUELO.- De cuando en cuando: sobre todo los fines de semana.

ÓRDAGO.- ¿Por qué los fines de semana?

CONSUELO.- Porque es cuando mi marido tiene más tiempo.

ÓRDAGO.- ¿Su marido le pega?

CONSUELO.- Bueno él no utiliza esta expresión. Él dice, simplemente, que se desahoga.

ÓRDAGO.- ¿Y cómo es el sado-masquismo en Ponferrada?

CONSUELO.- Ah, pues nada del otro mundo, ya ve usted. Lo habitual es que mi marido me ate a la cabecera de la cama y me rice los pelillos del pubis con unas tenacillas.

ÓRDAGO.- Pero esto no es sádico sino más bien estético.

CONSUELO.- Sí, pero es que mi marido es muy roñoso y las tenacillas están en muy mal estado, de modo que a veces se le escapan de las manos y me hace agujeritos en la piel.

ÓRDAGO.- ¿De veras?

CONSUELO.- ¡Vaya! Tengo la barriga que parece un colador. ¿Se la enseño?

ÓRDAGO.- (Evasivo.) Yo iba por la manzanilla...

CONSUELO.- Es verdad, se me había olvidado.

(ÓRDAGO vuelve a iniciar el mutis, aunque de nuevo se detiene.)

ÓRDAGO.- Aunque, claro, si usted prefiere que me quede...

CONSUELO.- (En un estallido y tal vez echándose a llorar.) ¡Soy muy desgraciada! ¡Necesito su ayuda!

ÓRDAGO.- ¿Qué le ocurre?

CONSUELO.- ¡¡Mi marido se ha ido con un revisor de la Renfe!!

ÓRDAGO.- ¿Cómo ha sido eso?

CONSUELO.- No lo sé, de veras que no lo sé. Ponferrada es una importante estación ferroviaria, pero aun así.

ÓRDAGO.- ¡Qué raro!

CONSUELO.- Eso creo. Porque, vamos a ver: ¿qué tendrá el revisor que no tenga yo?

ÓRDAGO.- Bueno, eso...

CONSUELO.- Venga, venga, cuéntemelo.

ÓRDAGO.- Usted sabrá. ¿No es usted farmacéutica?

CONSUELO.- Sí, pero no hice una tesina sobre los revisores de la Renfe, hágase cargo. Mi especialidad, comprensiblemente, son las píldoras.

ÓRDAGO.- (Decidiéndose.) Mire usted, los hombres -y me duele tener que decírselo- son distintos a las mujeres.

CONSUELO.- Sí, claro, casi siempre les gusta más el fútbol.

ÓRDAGO.- Y cuando un hombre hace el amor con un hombre es diferente a cuando un hombre hace el amor con una mujer.

CONSUELO.- Sí, ¿eh?

ÓRDAGO.- Otra cosa.

CONSUELO.- ¿Mejor?

ÓRDAGO.- Otra.

CONSUELO.- ¿Pero usted cree que mi marido le va a rizar los pelos del pubis al revisor?

ÓRDAGO.- Lo ignoro, pero podría ocurrir: ha habido casos.

CONSUELO.- (Pensativa.) Entonces, he hecho bien.

ÓRDAGO.- ¿En qué?, si me permite la pregunta.

CONSUELO.- ¡He venido aquí a cometer un adulterio!

ÓRDAGO.- ¿De veras?

CONSUELO.- De veras.

ÓRDAGO.- ¿En un saloncito chino? ¿Quiere usted cometer un adulterio en un saloncito chino?

CONSUELO.- Que a lo mejor es japonés, exacto.

ÓRDAGO.- ¿Y con quién va a cometer el adulterio, si puede saberse? En este saloncito no hay chinos. Ni japoneses.

CONSUELO.- Me da igual. El adulterio es, principalmente, una decisión. Mi madre engañó a mi padre durante veinticinco años leyendo los editoriales de ABC.

ÓRDAGO.- ¿Y su padre no se enteró?

CONSUELO.- Imposible: mi padre leía «La voz de Galicia».

ÓRDAGO.- De todas formas. Acostumbra a suceder que para acostarse con alguien hace falta alguien.

CONSUELO.- Eso ya lo sé, no soy tonta.

ÓRDAGO.- ¿De dónde va a sacar usted ese alguien?

CONSUELO.- ¿No hay más hombres en este restaurante?

ÓRDAGO.- Bueno, aparte del camarero, que es un poquito impotente, está el pinche que está muy ocupado desplumando un pato, un travestido de la Barceloneta que baila el charleston, un restaurador de cuadros al que se le helaron sus partes en el Mar del Norte, un pianista que acaba de regresar del otro mundo, y Sherlock Holmes, que no está mal, pero ya se sabe que los ingleses entre una mujer y un puding siempre acaban eligiendo a la Reina Madre.

CONSUELO.- Pues vaya un panorama, ¿no?

ÓRDAGO.- ¿Lo ve?

CONSUELO.- Es un problema, porque yo soy una mujer que no retrocede. Y cuando las mujeres que no retroceden dicen que van a cometer un adulterio, lo cometen. Además, se lo tengo prometido a San Pascual Bailón.

ÓRDAGO.- En ese caso...

CONSUELO.- Yo soy muy religiosa, aunque me esté mal el decirlo. Una vez fui a Lugo y volví.

ÓRDAGO.- ¿Andando?

CONSUELO.- No: en tren.

ÓRDAGO.- ¿Y cuál era el sacrificio?

CONSUELO.- Volver. ¿Le parece poco?

ÓRDAGO.- Realmente...

CONSUELO.- O sea que a ver: ¿por dónde empezamos?

ÓRDAGO.- ¿El qué?

CONSUELO.- El adulterio.

ÓRDAGO.- ¿Por qué «empezamos»?

CONSUELO.- Porque supongo que me echará usted una mano, ¿no? Dada la escasez de material que hay en este establecimiento y teniendo en cuenta que usted -al menos en apariencia- es un hombre, parece razonable que sea usted mi cómplice en este adulterio.

ÓRDAGO.- ¿No preferiría un estomacal o un «bajativo», como dicen en Chile?

CONSUELO.- No, y no gane tiempo, hágame el favor. Lo único que le pido es que sea rápido y, por supuesto, nada placentero.

ÓRDAGO.- ¿Cómo dice?

CONSUELO.- El placer conduce al vicio y yo no quiero convertirme en una viciosa. Los católicos estamos en contra del vicio y, en consecuencia, nos oponemos al placer.

ÓRDAGO.- Pero hacer el amor es gozoso.

CONSUELO.- Según como se mire. Mi marido cumplía con el débito sin otras perspectivas.

ÓRDAGO.- Entonces, el sado-masoquismo...

CONSUELO.- Ah, ¿usted cree que mi marido disfrutaba cada vez que me agujereaba el vientre con las tenacillas? Pues, no señor.- sufría... ¡muchísimo! Y los domingos, en misa, cuando comulgaba, lloraba inconsolablemente hasta mojar la casulla de don Hilario, el párroco. ¡Un espectáculo!

ÓRDAGO.- De manera que usted quiere cometer adulterio conmigo sin notar nada.

CONSUELO.- Lo deseable sería pasarlo mal, pero, en fin, conque me sea indiferente me conformo. Estoy ofreciendo este sacrificio a Dios, no sé si se da cuenta.

ÓRDAGO.- (Que empieza a ponerse insinuante.) ¿Y si eso no fuera posible?

CONSUELO.- ¿El qué? ¿Lo de Dios?

ÓRDAGO.- Lo de la indiferencia. ¿Y si de pronto empezara a estremecerse como una palmera en el desierto?

CONSUELO.- No puedo imaginármelo.- en Ponferrada no hay palmeras.

ÓRDAGO.- ¿O como las ramas sensuales de un ombú?

CONSUELO.- Inútil.- tampoco hay ombúes.

ÓRDAGO.- Entonces como la hoja humedecida de un ciruelo.

CONSUELO.- Por ahí, sí, quién sabe.

ÓRDAGO.- Una especie de cosquilla que empieza en el estómago y que baja, despacio, hasta las ingles.

CONSUELO.- (Las palabras de ÓRDAGO empiezan a hacerle efecto.) No diga esas cosas, no las diga.

ÓRDAGO.- Porque usted tiene ingles.

CONSUELO.- Lo ignoro, de veras, lo ignoro. Si lo supiera, se lo diría; en serio, ¿para qué iba a engañarle?

ÓRDAGO.- Sí, usted tiene ingles, las tiene.- ese espacio limítrofe, esa Andorra blanquísima entre sus muslos y el vientre.

CONSUELO.- ¿Allí donde tengo los agujeritos de las tenacillas?

ÓRDAGO.- Y un poco más abajo.- ese bosque intrincado de madre selvas, esa Amazonia de ríos profundos por donde corre el agua de la vida.

CONSUELO.- (Comenzando a desfallecer.) No, poético, no. No se ponga usted poético, por las clavos de Cristo. ¡No se ponga!

(ÓRDAGO se ha acercado a CONSUELO y la está acariciando sensualmente.)

ÓRDAGO.- Llega un viento de lejos, un aire que ha atravesado alcobas, dormitorios... una brisa que se ha enroscado en los agujeros de los baños, que ha vibrado en la guitarra profunda de los bidets...

CONSUELO.- No siga, por favor, no siga... (Soñadora.) Los bidets... no siga.

ÓRDAGO.- Un éter perfumado que sabe a pastillas de jabón, a geles franceses, a sales importadas...

CONSUELO.- No... sales... no.

ÓRDAGO.- Sí, sales y aceites... de Ceilán, de Java, de Borneo... Perlas aromatizadas de los Mares del Sur.

CONSUELO.- Los Mares del Sur... ¡Ay Virgen Santa!

ÓRDAGO.- Tahití... Papeete... Pago Pago...

CONSUELO.- No... Pago Pago... no. ¡Dios mío!

(ÓRDAGO ha tomado a CONSUELO por la cintura y la está tumbando en el suelo.)

ÓRDAGO.- Los cocoteros... las buganvillas... el mar... El mar que rompe en cada marea, el mar que lame las rocas, el mar que se introduce en las cuevas...

CONSUELO.- ¿Que se introduce? ¿De veras se introduce?

ÓRDAGO.- Las penetra para deshacerse dentro en espumas, para ensuciarlas con la viscosidad de sus algas, para escupirlas con la saliva obscena de los cetáceos...

CONSUELO.- ¿La saliva? ¿También la saliva?

ÓRDAGO.- Y el semen de los tiburones en celo que se masturban frente a las costas de Sumatra.

CONSUELO.- No... la masturbación... no: es un pecado.

ÓRDAGO.- No hay mayor pecado que copular sin placer, mi pequeña gatita farmacéutica de Ponferrada.

(ÓRDAGO está ya encima de CONSUELO quien habla entrecortadamente.)

CONSUELO.- Por favor, mi adorable «sommeller» del saloncito chino, lo que tenga que suceder que suceda, pero sin un mínimo de placer, se lo ruego.

ÓRDAGO.- ¿Aunque mi virilidad se enderece como las Torres de Colón de la Castellana?

CONSUELO.- Aunque.

ÓRDAGO.- ¿Y aunque mis palabras resuenen en el eco vaginal de su sexo?

CONSUELO.- No quiero que sus frases poéticas recubran mis ovarios como una gelatina.

ÓRDAGO.- En ese caso, regresemos a la estéril vulgaridad cotidiana.

CONSUELO.- Sí, regresemos, mi turbador especialista en vinos y licores.

ÓRDAGO.- Como usted quiera, mi irresistible despachadora de productos farmacéuticos. (**ÓRDAGO y CONSUELO empiezan a moverse uno encima del otro al ritmo excitante de una música oriental.**) López Heredia, 1947, Rioja.

CONSUELO.- Gelocatil, analgésico, 20 comprimidos.

ÓRDAGO.- Marqués de Murrieta 1911, tinto.

CONSUELO.- Stugerón, vía oral, 30 cápsulas.

ÓRDAGO.- Valbuena, quinto año, Ribera del Duero.

CONSUELO.- Fudicine, pomada, con receta.

ÓRDAGO.- Marqués de Monistrol, reserva.

CONSUELO.- Hemicraneal, jaquecas, supositorios.

ÓRDAGO.- Chivite, 125 aniversario, blanco.

CONSUELO.- Noroxín, tabletas, Alcalá de Henares.

ÓRDAGO.- Raventós i Blanc, cava.

CONSUELO.- Strepils, pastillas, antiséptico.

(La música se va acelerando y también sus movimientos eróticos y la manera de hablar.)

ÓRDAGO.- Chateau Petrus, Pomerol.

CONSUELO.- Tenormín 50, Atenolol.

ÓRDAGO.- Barbaresco Gaja, Italia.

CONSUELO.- Salvacolina, cólicos, Esplugues de Llobregat.

ÓRDAGO.- Moët Chandon Brut Imperial.

CONSUELO.- Alergical crema, pruritos.

ÓRDAGO.- Veuve Clicot, Francia, champagne.

CONSUELO.- Ratisalil antirreumático, Industria Argentina.

ÓRDAGO.- Jerez amontillado, Pedro Domecq.

CONSUELO.- Nervobión, intramuscular, inyectable.

ÓRDAGO.- Cava Freixenet, Reserva Real.

CONSUELO.- ¿Cava Freixenet? ¿Ha dicho usted Cava Freixenet?

ÓRDAGO.- ¡Reserva Real!

CONSUELO.- **(En un grito.)** ¡Dios mío, perdona a tu sierva Consuelo que no sabe lo que hace!

ÓRDAGO.- ¡2.530 pesetas botella, Club del Gourmet!

(ÓRDAGO y CONSUELO tienen un orgasmo, a la vez que sube la música oriental. En este momento se le cae a ÓRDAGO la nariz postiza y CONSUELO chilla...)

CONSUELO.- ¡Órdago, marido, ¿eres tú?!

(Sube aún más la música oriental y se produce el oscuro.)

(Poco a poco la música va descendiendo de volumen mientras llega la luz de escena. Casi de inmediato, irrumpen en el saloncito todos los personajes que han intervenido hasta ahora en la obra: el CAMARERO, el RESTAURADOR, el VENDEDOR, la SEÑORA, el PIANISTA, SHERLOCK HOLMES, MR. ROBINSON, ÓRDAGO y CONSUELO. Vienen cantando un villancico a la vez que colocan en escena un Árbol de Navidad y se reparten entre ellos diversos regalos. A la vez se pueden escuchar frases como ésta:)

CAMARERO.- (A SHERLOCK HOLMES.) Le he comprado una lupa, en un anticuario. Si se la agita un poquito, se ve Lourdes.

SHERLOCK.- (Al CAMARERO.) Thank you, very much. El próximo asesino que descubra, tendré mucho gusto en dedicárselo.

VENDEDOR.- (Al RESTAURADOR.) Esta faja recauchutada multielástica es excelente; pruébesela con cuidado.

RESTAURADOR.- (Al VENDEDOR.) No sabe lo que se lo agradezco. Tengo los riñones al bies de tanto restaurar a Miguel Ángel.

ÓRDAGO.- (A CONSUELO.) Tome: un Oporto dulce, quinto año.

CONSUELO.- (A ÓRDAGO.) Para usted: jarabe expectorante hecho en Manresa.

SEÑORA.- (Al PIANISTA, **quien probablemente esté acompañando al piano el villancico.**) Le he traído una de las corcheas que se le escaparon a Chopin en Valldemosa en un acceso de tos: no me la desprecie.

PIANISTA.- (A la SEÑORA.) Su alma es generosa como el último abrazo de Aida a Radamés.

MR. ROBINSON.- (Patéticamente solo.) ¡Nadie me regala un preservativo! ¡Ya no existe Nueva York!

(Terminan de cantar el villancico, que «cierra» el PIANISTA brillantemente. Se produce un silencio. Están todos con sus mutuos regalos en la mano sin saber muy bien qué hacer. Por fin...)

SHERLOCK.- Bueno, pues es Nochevieja.

ÓRDAGO.- ¿Cómo lo sabe?

SHERLOCK.- En primer lugar aquí se ha cantado un villancico y supongo que estarán ustedes de acuerdo conmigo en

que no es lógico que en un saloncito chino...

ÓRDAGO.- ...o japonés.

SHERLOCK.- Eso.- y, encima «o japonés», se cante un villancico de no ser Nochevieja.

VENDEDOR.- También podría ser Navidad.

RESTAURADOR.- (**Furioso.**) Cállese. No interrumpa: el señor Holmes está deduciendo.

VENDEDOR.- Disculpe.

SHERLOCK.- Y, en segundo lugar, usted, señor Órdago, le ha regalado un Oporto dulce quinto año a la señorita o señora Consuelo, farmacéutica, y nunca se ha visto que un «sommeller» regale un Oporto dulce quinto año a una señorita o señora farmacéutica de no ser una fecha muy señalada.

VENDEDOR.- A mi madre le regalaron un Albariño el día de su santo.

SHERLOCK.- Pero no sería un «sommeller», supongo.

VENDEDOR.- No, no señor: era un gallego.

RESTAURADOR.- (**A SHERLOCK y por el VENDEDOR.**) No le haga caso, es muy posma.

SHERLOCK.- Sigo. De lo que se deduce que, dada la actitud del «sommeller» y la oportunidad calendaria del villancico... ¡hoy es Nochevieja!

CONSUELO.- No me gustan las nocheviejas: me ponen muy nerviosa.

ÓRDAGO.- Luego nos tomamos un cointreau con hielo, ya verás.

SEÑORA.- Una Nochevieja que canté en La Fenice se ahogó un gondolero en el Gran Canal.

MR. ROBINSON.- Eso no es nada: en el puerto de Barcelona se ahogaron en la madrugada del uno de enero de 1928 cinco diputados de la Lliga con barretina y Madrid no se dio por aludido.

ÓRDAGO.- Es que Madrid ya se sabe.

VENDEDOR.- Desde luego.

RESTAURADOR.- ¡Cállese!

PIANISTA.- Yo comprendo que lo mío es tocar, pero de todas formas: ¿se puede saber qué ocurre con que sea Nochevieja?

(El CAMARERO quien, silenciosamente, no había intervenido hasta ahora, lo hace en este momento.)

CAMARERO.- Ocurre que, después de Nochevieja, viene Año Nuevo.

RESTAURADOR.- Elemental, querido Watson.

SHERLOCK.- (Mosquísi ma.) Perdone, pero ¿esto lo tenía que haber dicho usted?

RESTAURADOR.- No: esto lo tenía que haber dicho usted, disculpe.

SHERLOCK.- (Muy digno.) Hágame el favor.

CAMARERO.- (Como si nadie le hubiese interrumpido.) O lo que es lo mismo: que, después de este año, llega el siguiente.

SEÑORA.- ¿En qué año estamos? Yo, como los artistas somos intemporales...

CONSUELO.- Las fechas de caducidad de los medicamentos son una guía.

MR. ROBINSON.- Teniendo en cuenta el año en el que la Bella Dorita actuaba en El Molino, podríamos hacer un cálculo aproximado.

ÓRDAGO.- La mejor cosecha del Vega Sicilia fue en 1911.

VENDEDOR.- Los productos Hernisán aparecieron en el mercado después de la guerra.

RESTAURADOR.- Y «La última cena» de Leonardo, en Milán, no se ha terminado de restaurar todavía, de modo que...

CAMARERO.- (Que continúa imperturbable.) O sea: ¿qué significado tiene un año que viene después de otro cuando el otro -es decir: este- no se sabe cuál es?

VENDEDOR.- Ah, ¿pero es que tiene que significar algo?

RESTAURADOR.- ¿Cuántas veces le he dicho que se calle? (A los demás, como pidiendo disculpas.) Es una lástima: no se puede mantener con él una conversación filosófica.

CAMARERO.- (Cargado de paciencia.) Está bien, está bien. Supongamos que no tiene significado alguno. En cualquier caso el problema sigue siendo el mismo: ¿por qué a un año le sigue otro año?

VENDEDOR.- Los egipcios fueron los primeros en descubrir la duración del año solar.

RESTAURADOR.- (Entre asombrado y furioso.) ¿Qué ha dicho?, pero, ¿qué ha dicho?

VENDEDOR.- He dicho que los egipcios...

RESTAURADOR.- ¡Fuera de mi vista, miserable vendedor de recambios humanos! ¡Esfúmese!

PIANISTA.- (Del que ya hemos dicho que mantiene una cierta amistad con el VENDEDOR.) Es injusto. Tiene derecho a hablar: vivimos en democracia.

CAMARERO.- (Tranquilísimo.) Aceptando que los egipcios tuvieran razón -que parece que sí, que la tenían- y que, por lo tanto, el año solar es el tiempo que la Tierra tarda en dar una vuelta alrededor del Sol, ¿no podríamos preguntar por qué la Tierra tiene que hacer esto: dar vueltas alrededor del Sol como si fuese tonta?

SHERLOCK.- Excelente pregunta, of course. Nadie en el Parlamento inglés se ha hecho una pregunta semejante.

CAMARERO.- En otras palabras: si la Tierra no fuera tan estúpida como para pasarse la eternidad girando en el espacio como una peonza, es seguro que a un año y a no le sucedería otro año y que, por lo tanto, yo mismo y ustedes no envejeceríamos nunca.

SEÑORA.- No había escuchado nada tan reconfortante desde la aparición de la Doctora Aslan en Rumania.

CONSUELO.- En mi farmacia vendo perlas gelatinosas que contienen aceite de germen de trigo, ginseng y jalea real.

MR. ROBINSON.- Si nunca envejeciésemos, yo podría bailar el charleston en un espectáculo de Broadway dirigido por Bob Fosse.

PIANISTA.- Bob Fosse ha muerto, mister Robinson.

MR. ROBINSON.- ¿Y eso qué importa para mí?

PIANISTA.- Es verdad, no había caído.

CAMARERO.- Si nunca envejeciéramos, seríamos inmortales.

SEÑORA.- Yo soy inmortal: una vez salí en la primera página del «Excelsior» de México.

CONSUELO.- Pues yo no quiero ser inmortal: me aburro en Ponferrada.

ÓRDAGO.- ¿Y un Marie Brizard? ¿No te apetecería un Marie Brizard?

CAMARERO.- Pero la inmortalidad no es un espacio, ni siquiera una idea. La inmortalidad es la juventud... la no consumación del derrumbamiento físico... la perfumada cinemateca de Greta Garbo, Bette Davis, Gary Cooper, Henry Fonda, Ava Gardner, James Stewart... Una asombrosa película sin principio ni fin.

CONSUELO.- ¿Volverían los cines de barrio?

CAMARERO.- No habrían muerto los cines de barrio.

CONSUELO.- ¿Esos a los que yo iba con Órdago... antes de que me pegara, naturalmente?

CAMARERO.- Esos. Si los años solares no existieran, los cines de barrio no habrían muerto.

MR. ROBINSON.- ¿Y todos seríamos jóvenes?

CAMARERO.- Como cuando eran jóvenes en el cine Joan Crawford y Clark Gable.

SEÑORA.- ¿Incluso jóvenes como Mary Pickford?

CAMARERO.- Incluso jóvenes como Mary Pickford, ya ve usted.

ÓRDAGO.- ¿Qué hay que hacer para conseguirlo?

SHERLOCK.- En Scotland Yard están preocupados por este asunto.

CAMARERO.- Primero hay que tomar una determinación.

VENDEDOR.- ¿Qué determinación?

RESTAURADOR.- Pero, bueno, ¿no se había usted ido?

VENDEDOR.- Estaba debajo de la mesa: en seguida me vuelvo.

CAMARERO.- La determinación de que la Tierra no siga dando vueltas alrededor del Sol.

PIANISTA.- ¿Y si «nadie» hace caso de nuestra determinación?

CAMARERO.- ¿Usted cree que no hay «nadie»? O, lo que es lo mismo: ¿usted cree que hay «alguien»?

ÓRDAGO.- ¿Un jefe de negociado o algo así?

SEÑORA.- Por favor, no sigan: yo soy muy creyente. Una vez canté en un Auto Sacramental que se representó en Burgos.

CONSUELO.- Y yo voy a misa todos los domingos.

SEÑORA.- (A CONSUELO **que sigue en ropas menores.**) ¿Así? ¿Va usted a misa así?

CONSUELO.- No señora: me pongo una batita.

CAMARERO.- (**Que continúa imperturbable.**) Una vez tomada la determinación, puede ocurrir -ejemplos se han dado- que nos hagan caso.

ÓRDAGO.- ¿Que la Tierra se pare?

CAMARERO.- Podría suceder.

SHERLOCK.- Pero si la Tierra se parara... ¡se caería!

VENDEDOR.- (**Asomando la cabeza.**) ¿En dónde?

RESTAURADOR.- ¿Otra vez? ¿Quiere hacer el favor de no meter baza, ¡coño!?

CAMARERO.- Ah, bueno, que la Tierra se caiga en un sitio o en otro, no es mi problema.

SEÑORA.- La Tierra no puede caerse porque si la Tierra se cayera, ¿qué haríamos con las obras del Teatro Real?

CAMARERO.- También podría suceder que no se parara - con lo cual eliminaríamos el riesgo de que pudiera caerse- y que, simplemente, empezara a dar vueltas al revés.

SHERLOCK.- ¿Al revés?

CAMARERO.- Sí: al contrario de como lo ha hecho hasta ahora.

PIANISTA.- ¿Para qué?

RESTAURADOR.- (Que le confunde con el VENDEDOR.) ¿No le he dicho que se calle? ¿Cómo tengo que decírselo?

PIANISTA.- ¿Por qué se mete conmigo?: soy el pianista.

RESTAURADOR.- Ah, perdone, lo siento.

CAMARERO.- En el supuesto de que la Tierra comenzara a dar vueltas al revés de como lo ha hecho hasta ahora -insisto- probablemente en vez de ganar años, los perderíamos.

ÓRDAGO.- Eso no es seguro.

CAMARERO.- No, eso no es seguro, pero su decadencia, en cambio, sí lo es.

CONSUELO.- (A ÓRDAGO.) Puedes acabar no distinguiendo un Valdepeñas de un Rioja, figúrate.

MR. ROBINSON.- Se podría probar. (Al CAMARERO.) ¿Usted cree que yo volvería a ser aquel Mister Robinson, «el negro del coconut»?

CAMARERO.- Quién sabe.

MR. ROBINSON.- ¿Y cantaría otra vez en el «Lyon D'Or»... «Madre, cómprame unas botas/ que las llevo rotas/ de tanto bailar/ ¡el charlestón!»?

CAMARERO.- Quizás.

MR. ROBINSON.- Y... perdone la pregunta... ¿me volverían a violar en un muelle, viendo, a lo lejos, un barco con la bandera norteamericana?

CAMARERO.- Puede ser.

MR. ROBINSON.- (A todos.) Entonces, vale la pena, ¿no creen?

SEÑORA.- Eso usted sabrá: a mí no me violó ni el Bey de Izmir que tenía una guardia berebere de aquí te espero.

CAMARERO.- Si descumpliéramos años en vez de cumplirlos, acabaríamos descubriendo que en el final estaba el principio.

RESTAURADOR.- ¿Quiere usted decir que moriríamos pequeños y desnudos como esos niños Jesús de las pinturas italianas del cinquecento?

CONSUELO.- Yo no quiero morir desnuda.

SEÑORA.- Pues hija, nadie lo diría.

VENDEDOR.- (Volviendo a asomar la cabeza.) A mí no me importa, en serio.

PIANISTA.- (Al VENDEDOR, protegiéndole.) No se asome que le van a dar.

CAMARERO.- A lo mejor ni siquiera moriríamos niños.

ÓRDAGO.- ¿No?

CAMARERO.- No. Podríamos morir en el seno materno, en ese preciso instante fatídico en el que el espermatozoide fecunda el óvulo femenino.

SHERLOCK.- Unpleasant, ¿no les parece?

CAMARERO.- Aparte de que, como ya he explicado, tal vez fuese posible detener el movimiento hacia atrás de la Tierra donde quisiéramos: (Al RESTAURADOR.) Cuando usted restauraba a los veinte años un Correggio en Florencia. (Al ÓRDAGO.) Cuando usted compró su primer saloncito en Bratislava muchísimo antes de dedicarse al paladeo de los

caldos. (**A la SEÑORA.**) Cuando usted tomaba sus primeras lecciones de canto en Roma y subía con su novio las escalinatas del Campidoglio. (**A SHERLOCK HOLMES.**) Cuando usted y el Doctor Watson iban los fines de semana a Cambridge a descubrir asesinos en bicicleta. (**AL PIANISTA.**) Cuando usted creía que iba a ser Arturo Rubinstein siglos antes de comprender que no era Arturo Rubinstein. (**A CONSUELO.**) Cuando estudiaba usted Farmacia y hacía manitas en los cines de barrio viendo las películas de John Wayne. (**A MR. ROBINSON.**) Cuando las floristas de las Ramblas le regalaban una rosa después del último aguardiente de la madrugada del Distrito Quinto de Barcelona.

VENDEDOR.- ¿Y yo? ¿Cuándo podría detener mi vida?

CAMARERO.- Una tarde de su infancia en la que se le heló la nariz de tanto mirar el culo de un maniquí de madera en un escaparate.

(Se produce un largo silencio. Se podría decir -si no fuese una lamentable acotación sentimental- que están todos impresionados.)

SEÑORA.- ¿De verdad es eso posible? ¡Me gustaría tanto volver a subir las escalinatas del Campidoglio...!

CAMARERO.- Es muy fácil. Acérquense todos. (**Se acercan rodeando al CAMARERO. Hasta es posible que se sienten alrededor de la mesa.**) Repitan conmigo: «Maldita Nochevieja».

TODOS.- «Maldita Nochevieja».

CAMARERO.- «Y maldito Año Nuevo».

TODOS.- «Y maldito Año Nuevo».

CAMARERO.- «Que la traslación de la Tierra se detenga».

TODOS.- «Que la traslación de la Tierra se detenga».

CAMARERO.- «Y que se inicie el camino contrario».

TODOS.- «Y que se inicie el camino contrario».

CAMARERO.- «Que no haya más arrugas en nuestros rostros».

TODOS.- «Que no haya más arrugas en nuestros rostros».

CAMARERO.- «Ni más dolencias».

TODOS.- «Ni más dolencias».

CAMARERO.- «Ni desgracias».

TODOS.- «Ni desgracias».

CAMARERO.- «Que no haya otros espejos que los espejos de nuestra juventud».

TODOS.- «Que no haya otros espejos que los espejos de nuestra juventud».

CAMARERO.- «Amén».

TODOS.- «Amén».

CAMARERO.- Ahora tomémonos las manos y prometan no salir nunca de este saloncito chino.

VENDEDOR.- Ah, ¿de manera que por fin es chino?

CAMARERO.- O japonés.

RESTAURADOR.- ¿Nunca lo sabremos?

SHERLOCK.- ¿Ni siquiera poniéndonos en contacto con la CIA?

CAMARERO.- ¿Qué importa que un saloncito sea chino o japonés si se van a terminar para siempre todas las nocheviejas?

MR. ROBINSON.- ¿Y si no se terminaran? ¿Y si esta noche todos los barcos que cruzan el Atlántico hicieran sonar sus sirenas a la misma hora?

CAMARERO.- ¿A qué hora?

MR. ROBINSON.- A las doce.

CAMARERO.- Esto sólo sería posible si esta noche de Nochevieja tuviera doce horas.

ÓRDAGO.- Todas las noches tienen doce horas: lo sé por el reloj del Ayuntamiento de Ponferrada.

CAMARERO.- Ni todas las noches son las mismas ni todos los ayuntamientos son iguales.

CONSUELO.- ¿Puede haber una noche con once horas?

CAMARERO.- O menos. No se sabe. Lo único cierto es que, si esta Nochevieja no tiene doce horas, el camino de la Tierra se habrá interrumpido.

SEÑORA.- ¿Qué podemos hacer?

PIANISTA.- ¿Toco algo para animar? ¿Les gusta «Navidades blancas»?

CAMARERO.- Silencio. Esperemos.

(Se produce un gran silencio. Los personajes permanecen quietos tomados de la mano. Muy pronto empiezan a escucharse las campanadas solemnes de alguna catedral cercana. Todos las cuentan en voz alta.)

TODOS.- Una... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho... nueve... diez... once...

(La siguiente campanada tarda un tiempo más largo en producirse, pero, al final, se produce.)

TODOS.- ¡Doce!

(Se miran confusos y, probablemente, frustrados. El silencio continúa cuando aún suena una última campanada.)

TODOS.- ¡¡¡Trece!!!

(En este preciso instante se abre misteriosamente la puerta y, entre un humo espeso, se escucha una voz que se expresa en un incomprensible idioma oriental. Cuando termina, el CAMARERO comenta...)

CAMARERO.- Confucio; aunque también podría ser Buda, desde luego.

(Sube la música y se produce un oscuro. Cuando vuelve la luz, todos los personajes cantan y bailan, intentando, -y tal vez consiguiendo- que el público participe.)

TODOS.- Este saloncito chino
que parece japonés,
tiene aspecto de muy caro y no lo es.
Aquí se sirve el foie-gras,
la perdiz y la brochette,
con un toque refinado
muy francés.

VENDEDOR.- Yo vendo fajas, sostenes,
bragueros, brazos y pies,
ero los mejores cavas,
¡Freixenet!

RESTAURADOR.- Los cuadros que yo restauro,
en los museos se ven,
y en Ostende se preguntan
el porqué.

TODOS.- Lo mejor de un saloncito
japonés
es que pareciendo chino
no lo es.

SEÑORA.- He cantado tantas óperas
en alemán y en francés
que me he quedado sin voz
en un RE.

PIANISTA.- Espero que no la crean
y, por favor, créanme:
ella fue la última novia
¡de Wagnér!

TODOS.- Lo mejor de un saloncito
japonés
es que pareciendo chino
no lo es.

SHERLOCK.- Me conocen por la gorra,
por la pipa y por inglés.
Y me huelen desde Dover
a Calais.

MR. ROBINSON.- Yo no sé si soy la Montse
o el Robinson del «Concert»,
sólo sé que tengo el sexo
al biés.

TODOS.- Este saloncito chino
que parece japonés,
tiene aspecto de muy caro
y no lo es.
Aquí se sirve el foie-gras,
la perdiz y la brochette,
con un toque refinado
muy francés.

ÓRDAGO.- Me fascina de Consuelo
que se ponga siempre a cien
cuando la muerdo en la punta
del sostén.

CONSUELO.- Este Órdago es la monda
me persigue sin traspíes
desde el borde de la cama
al bidet.

TODOS.- Lo mejor de un saloncito
japonés
es que pareciendo chino
no lo es.

CAMARERO.- Estos personajes raros
que aquí se acaban de ver
no están ni muertos ni vivos
ni al revés.
Son gentes que no pudieron
sus relojes detener.
Fracasados como yo
y como usted.

TODOS.- Este saloncito chino
que parece japonés,
tiene aspecto de muy caro
y no lo es.
Aquí se sirve el foie-gras,
la perdiz y la brochette,
con un toque refinado
muy francés.
Lo mejor de un saloncito

japonés
es que pareciendo chino
no lo es.

**(Con el final de la música, y bajo una lluvia de globos de
colores, cae el telón.)**

Madrid, 1 de noviembre de 1990

